

Recibido: 10.05.2011
Aceptado: 24.06.2011

LOS FILOHELENOS ESPAÑOLES: ESTADO DE LA CUESTIÓN Y ACTUALIZACIÓN DE NÓMINA*

RESUMEN: El objetivo del presente trabajo es ofrecer un estado de la cuestión sobre el filohelenismo español mediante una revisión crítica de los estudios publicados hasta ahora. Asimismo, se reúnen informaciones dispersas y se aportan algunos datos nuevos sobre los nombres de los voluntarios filohelenos españoles ya registrados, analizándose en detalle la biografía de otro filoheleno español no estudiado hasta el momento: el capitán José María Barona.

PALABRAS CLAVE: Filohelenismo, filohelenos españoles, Guerra de Independencia griega, españoles liberales exiliados, siglo XIX.

ABSTRACT: The aim of this article is to provide the state of the art about Spanish philhellenism through a critical review of the studies published so far. Scattered informations are also compiled, and new particulars are provided on the names of already known Spanish philhellenes. Finally, we analyze in detail the biography of another Spanish philhellene, who has not been studied up to the present: captain José María Barona.

KEY-WORDS: Philhellenism, Spanish Philhellenes, Greek War of Independence, Spanish Liberals Exiled, 19th Century.

* Trabajo realizado en el marco del proyecto FFI2008-06919-C02-01. Quiero expresar mi agradecimiento a las personas sin cuya ayuda me habría sido imposible la realización de este trabajo, pues me han facilitado bibliografía imprescindible y de muy difícil acceso: Eusebi Ayensa i Prat, Pedro Bádenas de la Peña, Álvaro García Marín, Yorgos Kejayoglu y Antonio Latorre Pellegrín. También quiero agradecer desde aquí a M^a José Broto Urbán su indispensable apoyo logístico.

1. LAS PRIMERAS MOVILIZACIONES FILOHELENAS EUROPEAS

Cuando el 25 de marzo de 1821 estalló por fin la Revolución Griega contra el dominio otomano, un escalofrío recorrió toda Europa poniendo en pie a cientos de voluntarios que, henchidos de pasión por la libertad, corrieron a compartir la suerte de los descendientes de Leónidas ofreciendo su sangre en el altar de la sabiduría y de la Patria común. Ver a Grecia renacer de sus cenizas se convirtió en una necesidad de todos los pueblos que se sintieran libres y civilizados, pues a esa Grecia precisamente debían su propia identidad. Jóvenes europeos de esmerada educación salieron de sus confortables gabinetes de estudio con el deseo de ver la realidad de todo lo que habían soñado en los libros. Los más entusiastas de ellos, si cabe, fueron los jóvenes griegos de la diáspora, nostálgicos de una tierra que nunca habían llegado a conocer.

En efecto, el movimiento filoheleno suele estar tan idealizado como la Grecia que pretendía rescatar, aquella Grecia estilizada, serena, intelectualizada al estilo winckelmanniano e inundada de la luz resplandeciente con la que Lord Byron supo retratarla en su *Peregrinación de Childe Harold* (1812), quintaesencia de centenares de relatos de viajes por Levante. Largamente abonada en la literatura, la pasión griega hizo que la Europa romántica sintiera la causa de Grecia justa como ninguna otra, pues en ella se esgrimían conceptos sublimes que conmovían a todas las conciencias: para los idealistas era la libertad frente a la tiranía; para los ilustrados, la civilización frente a la barbarie; y para los clericales, el cristianismo frente al islam. En cualquiera de sus aspectos, Grecia alzada en armas era un rayo de luz rasgando la tiniebla.

Pero muy por encima de ese entusiasmo popular, los gobiernos europeos no perdían de vista la *Realpolitik*. Con la caída de Napoleón, la restauración política de Europa al estadio anterior a 1789 había parecido factible, si bien se consideró necesario tomar ciertas prevenciones. En 1815, la formación de la Santa Alianza daba inicio a la Europa de los Congresos, garante del mantenimiento del sistema absolutista. Inglaterra terminó abandonando y Francia se sumó un poco más tarde, en 1818, pero Austria, Suiza, Prusia y Rusia estaban decididas a mantener bajo control los posibles sarpuellidos liberales que pudiera sufrir en su convalecencia el buen orden reestablecido, pues las ideas inoculadas por la Revolución Francesa en el imaginario político europeo del momento no serían olvidadas con facilidad. A finales de 1819 el canciller austríaco Metternich aplastó las revueltas estudiantiles de tinte nacionalista y liberal, y en la de nuevo ultraborbónica Francia ya no había oportunidades para los oficiales, soldados y ciudadanos bonapartistas que intentaban sin éxito mantener vivo el espíritu revolucionario.

Pero el primer día de enero de 1820, un joven teniente coronel español, Rafael del Riego, se negó a comandar las tropas destinadas a luchar contra los insurgentes americanos. Su pronunciamiento militar en la localidad sevillana de Cabezas de San Juan tuvo al principio escasa repercusión pero, a medida que fue ganando el apoyo popular, logró amedrentar al rey Fernando VII, que en el mes de marzo terminó jurando la Constitución de Cádiz. La larga mecha de la revolución liberal prendió también en Portugal; en julio, en el reino de Nápoles, y en marzo de 1821, en Piamonte y Sicilia. A simple vista, la Revolución Griega venía a sumarse a esta ola mediterránea de insubordinación popular ante una autoridad que era la legítima, aunque en este caso fuera la del sultán¹.

La inmediata intervención austriaca en Italia desarticuló las intentonas liberales e inició una depuración severa de elementos subversivos. Algunos carbonarios italianos se dirigieron a Portugal y España, cuyos gobiernos liberales resistían entre mil dificultades y conspiraciones, pero para la pléyade de descontentos, fugitivos y cesantes que en ese momento vagaba por Europa, la Grecia insurrecta se dibujaba como un destino más prometedor. Italianos proscritos, franceses bonapartistas cesantes o perseguidos, polacos caídos en desgracia por haber apoyado a Napoleón cuando Rusia recuperó el control del territorio, disidentes alemanes y suizos de la Europa central; todos los liberales asfixiados por la presión absolutista, en definitiva, proyectaban en ella sus aspiraciones: la regeneración de sus propias vidas, pues en sus países de origen ya no tenían futuro, junto a la de Grecia, a lo que se sumaba la posibilidad de seguir luchando por la esperanza de libertad. El filohelenismo como expresión de este patriotismo liberal cosmopolita sólo encontrará parangón mucho después en las Brigadas Internacionales que, aglutinando todo el espectro ideológico de izquierda, acudieron en ayuda de la República Española durante la Guerra Civil de 1936-1939². Estos grupos flotantes de militares se fueron entremezclando con los idealistas que añoraban pisar la tierra hollada por el mismísimo Platón, y en tan variopintas expediciones no podían faltar los forajidos, aventureros y buscavidas para los que un país en gestación era un paraíso de oportunidades.

En junio de 1821 ya parte desde Trieste el primer barco de filohelenos, sobre todo franceses e ingleses, reclutados por un oficial bonapartista llamado Baleste siguiendo las órdenes de Demetrio Ipsilandis, y en julio sale desde Marsella el segundo barco, en el que viajaban principalmente griegos

¹ HOBBSAWM (1982): 201-238; ST. CLAIR (2008): 30.

² HOBBSAWM (1982): 213.

expatriados, fletado por Aléxandros Mavrocordatós. Los líderes griegos eran conscientes de que la Revolución sólo triunfaría con la ayuda del exterior y una planificación militar a la europea, y en ello invirtieron sus fortunas. Con todas estas tropas se formó el Regimiento Baleste, el primer grupo de voluntarios extranjeros que tomó contacto con los guerrilleros griegos autóctonos y del que se esperaba fuera el germen de la futura y numerosa fuerza expedicionaria extranjera³.

2. REACCIÓN DE LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL ANTE LA REVOLUCIÓN GRIEGA

Aunque contaban con la incondicional simpatía de la opinión pública y los Comités Griegos fundados por iniciativa popular comenzaron a proliferar por toda Europa, la Revolución necesitaba ganarse también la confianza de las potencias subrayando su aspecto nacional y no liberal, pues sólo con el respaldo de éstas tendría la futura Grecia posibilidades de imponerse ante la Sublime Puerta. De ahí que sus proclamas incidieran en el carácter sagrado y legítimo de su levantamiento frente a un tirano cruel y salvaje⁴.

La reacción de la España constitucional ante estos llamamientos ha quedado plasmada en un documento firmado el 18 de diciembre de 1821 dirigido «al Parlamento griego, los libertadores de un gran pueblo». En él se propone el envío de 300 voluntarios carbonarios de Nápoles y del Piamonte que estaban dispuestos a luchar por la libertad de Grecia y convertirla en su nueva patria, pues fueron expulsados de la suya, y que «en este sentido habían suplicado al Príncipe Capitán General». Asimismo, ofrece a Grecia «entablar relaciones de amistad y unión con todos los patriotas españoles, con esta nación heroica y libre que, si no se encontrara en la necesidad de afianzar su propia libertad, acudiría en masa a Grecia para luchar por la vuestra». El comunicado viene firmado por «sus más humildes y obedientes servidores, los diputados de España: Moralis, Palmas, Búrinos»⁵, cuyas identidades aún están sin confirmar.

³ ST. CLAIR (2008): 26-27, 357.

⁴ El manifiesto firmado en Calamata el 23 de marzo de 1821 decía: «Reducidos a una situación lamentable, privados de todo derecho [...] hemos resuelto tomar las armas para luchar contra los tiranos [...] Rogamos encarecidamente que la ayuda de todas las naciones civilizadas se una para contribuir al logro de nuestro sagrado y legítimo propósito: la recuperación de nuestros derechos y el renacimiento de nuestra infeliz nación», *apud* ST. CLAIR (2008): 13.

⁵ VAGUENÁS (1955): 6-8: «Πρὸς τὴν Ἑλληνικὴν Βουλὴν, Ἐλευθερωταὶ ἐνὸς μεγάλου Λαοῦ [...] Περὶ τοῦτο ἐπαρεκάλεσαν τὸν Πρίγκιπα Ἀρχιστράτηγον [...] σὰς κάμοιεν προσφορὰν σχέσεων καὶ

Este escrito, redactado al parecer originalmente en francés, sólo se ha conservado en su traducción griega, de la cual existen dos versiones que presentan leves diferencias, si bien el sentido general viene a ser el mismo. No obstante, una variación que puede resultar relevante se encuentra precisamente en el nombre de uno de los tres presuntos diputados españoles: frente a *Moralis* y *Palmas* [Μοράλης, Πάλμας], que no presentan variación, el tercero es transcrito como *Búrinos* en una y como *Borins* en la otra [Βούρινος / Βόρινς]⁶.

Dado que no se conserva el original, sólo disponemos de las traducciones para ofrecer una hipótesis sobre quiénes remitieron en realidad este escrito. El profesor Jasiotis ha propuesto la identificación del apellido «*Moralis*», adaptado a la declinación griega, con Francisco Díaz Morales, diputado por Córdoba en el Parlamento español entre julio de 1820 y febrero de 1822, pero los otros dos firmantes permanecen hasta ahora sin determinar⁷.

En efecto, entre los Diputados en Cortes de las elecciones de 1820 ningún nombre hay que recuerde ni mínimamente a *Palmas* o *Búrinos* / *Borins*, a excepción del segundo apellido del propio Díaz Morales, cuyo nombre completo figura en los archivos del Congreso de los Diputados como «Francisco Díaz de Morales y Bernuy»⁸. La lectura errónea de un apellido tan difícil en una rúbrica manuscrita es lo que pudo llevar a los traductores de ambas versiones a consignarlo como *Búrinos*, adaptándolo también a la declinación griega, y como *Borins*. En cualquier caso, el hecho de que se hicieran dos interpretaciones distintas ya demuestra que la caligrafía del nombre no debía de estar clara.

Y abundando en la cuestión, ¿rezaría el original francés “diputado” o “diputados”? Dado que en Grecia sólo se acostumbra a utilizar un apellido y el uso español del doble apellido y de los apellidos compuestos suele generar equívocos, es probable que el traductor diera por hecho que “Morales y *Bernuy” fueran dos personas diferentes y transcribiera directamente el pie de

ένώσεως με όλους τους Ισπανούς πατριώτας, με τὸ ἡρωϊκὸν αὐτὸ καὶ ἐλεύθερον ἔθνος, τὸ ὁποῖον, ἂν δὲν εἶχε χρεῖαν νὰ στερεώσῃ τὴν ἰδίαν του ἐλευθερίαν, ἤθελεν δολόκληρον εἰς τὴν Ἑλλάδα νὰ πολεμήσῃ διὰ τὴν ἐλευθερίαν σας [...] Ταπεινῶτατοι καὶ εὐπειθέστατοι δοῦλοι, οἱ Βουλευταὶ τῆς Ἰσπανίας Μοράλης, Πάλμας, Βούρινος».

⁶ VAGUENÁS (1955): 6-8. Se desconoce por qué que existen dos versiones. «Βούρινος» aparece en la versión citada habitualmente, conservada en los *Archivos del Renacimiento Griego* [Ἀρχεῖα Ἑλληνικῆς Παλιγγενεσίας, I 235-236], firmada por el Secretario General I. Vizulas, y «Βόρινς», en la versión que presenta Yanis Filimon [Ἰω. Φιλίμων, *Δοκίμιον Ἱστορικὸν περὶ τῆς Ἑλληνικῆς Ἐπαναστάσεως*, IV 369-370], que no presenta firma del traductor.

⁷ JASIOIS (2008): 121; JADSIGUEORGUIÚ-JASIOI (2000): 146. GIL NOVALES (1975): 810-811 hace una breve semblanza de su íntegra personalidad e incansable actividad política.

⁸ Archivo Histórico de Diputados: www.congreso.es

firma en plural. De ser así, también llama la atención la ausencia del apellido “Díaz”. Quizá el firmante lo omitiera por considerar más significativo “Morales” o quizá el traductor aquí sí interpretara “Díaz Morales” como una única persona y juzgara que con un solo apellido ésta ya quedaba identificada.

Por otra parte, el diputado Díaz Morales fue un comunero de irreductibles convicciones liberales e intachable honestidad, de quien se dice que introdujo a los carbonarios en España⁹, y casualmente, el líder de los carbonarios insurgentes del Piamonte en marzo de 1821 fue el conde Alerino Palma di Cesnola¹⁰. Antiguo hombre de confianza de Napoleón, experto en leyes, Palma se vio obligado a refugiarse en España, donde ya había estado antes de 1820, cuando la revolución piamontesa de 1821 fracasó, pues se llegó incluso a dictar pena de muerte en ausencia contra él. Se alistó en el ejército español, pero en 1823 tuvo de nuevo que exiliarse, esta vez en Inglaterra, donde entró en contacto con el Comité Griego de Londres, al igual que muchos otros italianos carbonarios (algunos de los cuales también habían estado en España, como el general Roszaroll, el conde Pecchio o el conde Porro), y terminó siendo uno de los filohelenos más ilustres de la nueva nación a la que tantos servicios dedicó¹¹. Así, pues, es probable que Alerino de Palma se exiliara en España junto con los soldados que le habían permanecido fieles, pero que también buscaban una nueva patria de adopción donde poder seguir ejerciendo su profesión militar y defendiendo sus ideales.

De esta manera quedaría justificado el pasaje de la carta en la que el redactor ofrece a Grecia los servicios de esos trescientos italianos que «en este sentido habían suplicado al Príncipe Capitán General», que no sería otro que su líder, el Conde de Palma, quien avalaría el compromiso con su firma, que

⁹ GIL NOVALES (1975): 737 y 811. Al parecer, nada hay que confirme este dato, pero el autor señala que «durante su exilio, después de 1823, Díaz Morales se convirtió en uno de los primeros socialistas utópicos españoles», con un pensamiento muy en línea con la ideología carbonaria, que llegó a renegar incluso del derecho a la propiedad privada.

¹⁰ De resultar cierta nuestra conjetura, los archivos griegos custodiarían un documento que atestigüe el vínculo originario entre comuneros y carbonarios en España.

¹¹ BARTH-KEHRIG-KORN (1960): 197: su escrito en inglés titulado *Greece vindicated; in two letters by the Count Alerino Palma*, London 1826, fue determinante para ganar adeptos a la causa griega. También estuvo en París, Amberes y Marsella, pero su vida quedó vinculada a Grecia. Negoció un empréstito con Londres y, gracias a sus conocimientos de Derecho, fue presidente del Tribunal de Leyes de Misolongui, donde recibió la nacionalidad griega. Fue perdonado por las autoridades piamontesas, con quienes llegó a cerrar tratados comerciales que beneficiaran a Grecia, pero jamás regresó a su tierra. En 1827 Yoanis Capodistrias, el primer presidente griego, le encargó la remodelación del sistema judicial, e incluso llegó a ofrecerle el Ministerio de Justicia. Siendo el presidente del Tribunal Mercantil de Siros, Palma murió allí en 1851.

quedó transcrita como «Palmas» y adaptada también a la declinación griega. La firma de Díaz Morales, a su vez, aportaría el prestigio de su condición de diputado electo de las Cortes españolas y daría al escrito un carácter cuasi-oficial al dirigirlo prácticamente de Estado a Estado¹².

No obstante, en una comunicación interna del Parlamento griego de fecha 5 de abril de 1822 se menciona que «se ha leído [...] la traducción de la carta en francés de los tres diputados españoles, y de manera unánime se ha juzgado, en efecto, muy provechosa la relación con España»¹³. Esto es, ya se daba por sentado que los diputados españoles eran tres, pero quizá porque el traductor los había transcrito en columna, tal y como figuran en la edición definitiva del texto y se ha asumido en lo sucesivo. De disponer del original, podría comprobarse la disposición de las firmas en el documento y de seguro quedaría aclarada la cuestión. En cualquier caso, y dado que la información de la que se dispone en el Archivo de las Cortes Españolas sobre los parlamentarios de esa época es bastante completa y fiable, antes de seguir conformándonos con “dos diputados sin identificar”, preferimos ofrecer una hipótesis de trabajo que, si bien tiene mucho de especulativa, creemos que está suficientemente fundada.

3. REACCIÓN DE GRECIA ANTE EL OFRECIMIENTO DE ESPAÑA

Pero esta comunicación interna del Parlamento griego plantea también otra cuestión muy distinta. El hecho de que la aceptación de los voluntarios carbonarios no conste de manera explícita en este documento, ni en ningún otro de los archivos griegos, ha hecho pensar a Vaguenás que este ofrecimiento se rechazó por omisión, pues se debió juzgar arriesgado acoger a un grupo de proscritos liberales cuando en los foros internacionales, como ya hemos mencionado, se estaba intentando convencer a las displicentes potencias europeas de que la Revolución griega no tenía carácter político, sino que estaba dirigida a la construcción nacional¹⁴. El razonamiento tiene su lógica, y así es aceptado por Jasiotis, quien, a pesar de ello, interpreta como un anticipo de esta expedición el viaje a Grecia que Giuseppe Rossaroll, carbonario irre-

¹² Según LLORENS (1979): 53, más de cuatrocientos carbonarios se instalaron en la franja costera entre Barcelona y Valencia, y recibían un subsidio del gobierno español acordado por las Cortes. Conseguir enviarlos a Grecia habría sido una manera de aliviar las arcas públicas.

¹³ VAGUENÁS (1955): 9: «ἀνεγνώσθη [...] ἡ μετάφρασις τῆς γαλλικῆς ἐπιστολῆς τῶν τριῶν τῆς Ἰσπανίας βουλευτῶν· καὶ δὴ ὁμοφώνως ἐνεκρίθη ἢ μετὰ τῆς Ἰσπανίας σχέσις ὠφέλιμος τῷ ὄντι».

¹⁴ VAGUENÁS (1955): 9.

dento originario de Nápoles y residente en Barcelona, anunció el 30 de junio de 1822, y que él ha localizado entre la documentación española¹⁵.

No hemos hallado más noticias sobre la expedición ni confirmación de que ésta fue la propuesta por Díaz Morales y Palma, pero tampoco conviene precipitar las conclusiones. La ausencia de una aceptación expresa por parte del Gobierno griego no significa necesariamente que ésta no llegara a existir, pues incluso la podríamos interpretar como implícita en la consideración de la relación con España como «muy provechosa». De haber recibido sólo silencio en respuesta, la entusiasta convocatoria de Rossaroll, sin saber siquiera si iban a ser recibidos, habría resultado en extremo imprudente, pues habrían perdido hasta lo poco que tenían en España, y además el llamamiento a «italianos» entre «individuos pertenecientes a cualquiera nación» da la impresión de ser el anuncio que esos trescientos esperaban, si bien la expedición estaba abierta a todo aquel que quisiera participar.

Por otra parte, el intervalo de fechas entre todas estas noticias también invita a la reflexión, pues desde la fecha en que se produce el ofrecimiento de ayuda desde Madrid, el 18 de diciembre de 1821, hasta que se acusa recibo oficial en Grecia, el 5 de abril de 1822, hay un intervalo de unos tres meses, aproximadamente el mismo periodo que transcurre hasta que Rossaroll anuncia la expedición, el 30 de junio de 1822, de lo que se puede inferir que éste era el tiempo aproximado que los mensajes entre Grecia y España tardaban en llegar y en generar una actuación¹⁶. Por último, la presencia de carbonarios italianos entre los voluntarios extranjeros en Grecia fue masiva y de importancia trascendental, como la del propio Rossaroll, cuya presencia se atestigua en Zante poco después de ese momento¹⁷. No

¹⁵ En GIL NOVALES (1975): 189, n. 24; JASIOTIS (2008): 121; cf. también JADSIGUEORGUÍU-JASIOTI (2000): 147. El anuncio de la expedición fue publicado por el agente de Rossaroll en Madrid, Constantino Viceré, en *El Tribuno* 30/06/1822, p. 4: «El bravo patriota general Rossarol (sic), emigrado napolitano, residente en Barcelona, amante acérrimo de la libertad, ha establecido una expedición en Grecia al efecto de socorrer a sus hermanos los griegos y consagrar su vida en esta santa causa. Todos los italianos e individuos pertenecientes a cualquiera nación, que sienten en sus corazones el sagrado fuego de la libertad y quieren dividir con el mismo general Rossarol los peligros y los triunfos, pueden presentarse al ciudadano Constantino Viceré, miembro también de la expedición, que tiene a su disposición todos los artículos del proyecto y el objeto de esta filantrópica empresa. El dicho Viceré vive calle del Duque de Alva (sic) num. 29, cuarto ppal. Después de las 7 de la mañana hasta las 10 = Viceré».

¹⁶ ST. CLAIR (2008): 51: las noticias tardaban dos meses entre Grecia y Europa occidental.

¹⁷ Establecido en Zante, Rossaroll logró conocer en todo momento los movimientos de la armada egipcia de Ibrahim Pachá, vital para la defensa griega en 1825. Cf. ST. CLAIR (2008): 258-260. Para la importancia de la presencia de italianos en Grecia y el papel que el filohelenismo jugó en el posterior *Risorgimento* italiano, cf. ISABELLA (2009).

puede decirse que los carbonarios italianos fueron rechazados a medida que iban llegando a Grecia; en todo caso, sufrieron las mismas penurias e incompreensión por parte de las tropas griegas y autoridades locales que el resto de filohelenos de otras nacionalidades.

La confirmación definitiva de que el «Moralis» que firmaba la oferta española debe ser identificado con el diputado Díaz Morales propuesto por Jasiotis, y en el que hemos basado nuestra teoría sobre los presuntos “tres diputados” firmantes, viene dada por *El Zurriago*, publicación de carácter liberal exaltado. En el primer número de enero de 1823 se publicó un artículo muy crítico con el entonces presidente del Gobierno Evaristo Fernández de San Miguel, entre cuyas torpezas el redactor subrayaba la del trato dado a

«...un griego de nacimiento, enviado por el gobierno que aquella heroica nación ha establecido en Corinto, y como no encontrase en Madrid al exdiputado Díaz Morales, ni a otros patriotas para quienes venía recomendado, se presentó al ministro San Miguel con la credencial de su gobierno de la que era portador. Ignoramos lo que hablaron, pero hemos visto una memoria que el susodicho griego entregó a nuestro ministro y aunque no entendamos mucho de estas materias diplomáticas, a fe de cristianos viejos confesamos que la tal memoria nos pareció contener ideas muy luminosas, ideas que hubieran aprovechado mucho a otro ministro o ministros más entendidos y suspicaces; pero en vez de tomarla en consideración su excelencia, la devolvieron sin haberse dignado a contestar siquiera. Bien sabemos los apuros en que se halla el erario para atender a las necesidades del Estado, pero ¿qué costaría a la nación facilitar unos cortos auxilios en dinero, armas, pólvora o municiones que pedían los griegos, en comparación de las incalculables ventajas que podría sacar la España de su amistad con aquella nación que por el carácter y genio que sus habitantes han desplegado, y por las riquezas de su suelo, y por su posición geográfica está llamada a grandes destinos si como lo esperamos logra sacudir el yugo otomano? Y aun cuando no hubiesen sido capaces los ministros de calcular tan lejos, ¿han podido desatender tan fríamente los sentimientos de humanidad? Lo han hecho, sin embargo, no sólo han despreciado el interés que nos podría resultar de estos socorros en lo sucesivo, sino que han obrado no como ministros de una nación liberal, sino como lo hubieran hecho los ministros de un déspota.

Aburrido el enviado griego de las idas y venidas a palacio, y desesperanzado de obtener auxilios de ninguna clase para su nación, recibió por todo recurso una carta de recomendación para el secretario de nuestra legación en Lisboa, a donde se dirigió, cuya carta estaba concebida en términos... pero guardemos aquí silencio, y sigamos...»¹⁸

¹⁸ *El Zurriago*, nº 83-84, pp. 11-12. ST. CLAIR (2008): 142 y 254 menciona al inglés John Bowring y al Conde de Palma como los impulsores del primer Comité Griego en Madrid en 1821,

Jadsigueorguú-Jasioti ha detectado que en dos ocasiones salió a relucir en las tertulias de la Sociedad Patriótica Landaburiana, una de las más exaltadas y relevantes del Trienio Liberal Español, la defensa de las relaciones con Grecia: el 3 de noviembre de 1822 por parte de Manuel Gorostiza y el 16 de diciembre por Félix Mejía, que habló en términos muy similares a lo expresado en el artículo¹⁹. Esto permite presuponer que el autor es el propio Mejía, miembro muy activo de la Landaburiana íntimamente asociado a *El Zurriago*.

Independientemente de la aceptación expresa o no de los 300 carbonarios, el gobierno provisional de Grecia envió a Andreas Luriotis, hombre de confianza de Aléxandros Mavrocordatos, con la misión de pedir ayuda al gobierno español como respuesta a la iniciativa diplomática de Díaz Morales, pues a él iba recomendado, aunque éste ya no era diputado desde febrero de 1822²⁰. Se desconoce la fecha exacta en la que Luriotis llegó a España, aunque al menos podemos ofrecer un término *post quem*: el 6 de agosto de 1822, fecha en que San Miguel formó gobierno y, por fechas, también podemos identificarlo sin duda con el griego al que se hace referencia en el artículo de *El Zurriago*. Suponemos que fue durante sus vagabundeos esperando una respuesta a esa lamentablemente hoy perdida «memoria» que había entregado al gobierno, pero lo cierto es que Luriotis entró en Madrid con Edward Blaquières, uno de los liberales radicales más activos a nivel internacional, quien le aseguró que Inglaterra era terreno fecundo para lograr ayuda para Grecia. Aprovechando que el gobierno español se deshizo de él enviándolo a Lisboa, desde allí partió a Londres junto con Blaquières, a donde llegaron en febrero de 1823. La inteligente estrategia de Blaquières presentando a Luriotis a los filohelenos más insignes del Parlamento británico indujo a la conformación del Comité Griego de Londres, cuyo papel terminó siendo decisivo para el triunfo de la Revolución. Ambos regresaron a Grecia para proponer al Gobierno que enviara agentes a Londres con el fin de tratar un empréstito formal, y con ese mensaje llegaron a Tripolitsa el 3 de mayo²¹.

una sociedad de cuyas actividades no se guarda noticia. A su vez, Bowring será uno de los mayores activistas en la organización de comités de ayuda y funciones benéficas a favor de los emigrados españoles en Londres a partir de 1824, cf. LLORÉNS (1979): 50.

¹⁹ En GIL NOVALES (1975): 699 y 708-709, cf. JADSIGUEORGUÚ-JASIOTI (2000): 147.

²⁰ Según *El Universal* 31/05/1822, p. 4, Austria está intentando manipular sin éxito las noticias sobre los progresos del gobierno griego en todos los ramos. Por ejemplo, ya tiene nombrado a su cuerpo diplomático en el extranjero, y tiene dos agentes asignados a España, aunque todavía no se conocen sus nombres.

²¹ DAKIN (1973): 109-110.

Luriotis volvió a Londres, acompañado esta vez por Yanis Orlandos. Las instrucciones, firmadas por Mavrocordatos el 22 de junio de 1823, revelan un perfecto conocimiento del cariz que estaba tomando el escenario internacional. La ayuda inglesa se revelaba vital para los griegos y, por añadidura, Lord Byron, el adalid del filohelenismo, acababa de anunciar desde Génova que se dirigiría a Grecia para entregar a la causa de la libertad su fortuna y su vida. El sagaz Mavrocordatos recomienda a sus agentes mucha prudencia en su actuación: si lograban constancia de que Inglaterra pensaba intervenir en España, Grecia estaría muy interesada en que las relaciones entre los dos países progresaran, y tendrían plenos poderes para negociar lo que considerasen oportuno; si, por el contrario, Inglaterra se mantenía al margen, las relaciones francas con España podrían resultar muy perjudiciales para Grecia y los agentes debían limitarse a buenas palabras²².

En efecto, la España constitucional estaba herida de muerte. El 7 abril de 1823 el duque de Angulema había atravesado los Pirineos y el 26 de mayo instauraba su regencia en Madrid. Después del asedio de las tropas francesas a Cádiz durante el mes de septiembre, el 1 de octubre Fernando VII queda en libertad y vuelve a proclamarse monarca absoluto. Las promesas de amnistía del rey felón fueron la voz de alarma para que los liberales, militares y civiles, que le habían obligado a acatar la Constitución, se vieran abocados al exilio si querían salvar sus vidas, acudiendo principalmente a Londres, donde el gobierno inglés les proporcionó cierto apoyo y protección²³.

4. LA NÓMINA DE FILOHELENOS ESPAÑOLES

Se calcula que el número total de voluntarios filohelenos de todas las nacionalidades oscila entre 1.100 y 1.200²⁴, pero la participación española en la guerra griega, al menos la registrada, fue escasa. Puede entenderse que en los primeros momentos de la Revolución los españoles liberales se vieran obligados a permanecer en España para afianzar su propia libertad, según se justificaba Díaz Morales; pero las circunstancias del exilio habrían debido favorecer que un buen número de militares españoles emigrados acudiera a

²² VAGUENÁS (1955): 10-11: noticia extraída del memorial que los dos agentes escribieron sobre sus misiones en el extranjero.

²³ LLORÉNS (1979): 46-52.

²⁴ ST. CLAIR (2008): 355.

Grecia, al igual que había sucedido antes con los carbonarios italianos. Quizá una de las claves de esa escasa participación nos la proporcione Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen, de profesión conspirador, cuya vida noveló su descendiente Pío Baroja en la serie *Memorias de un hombre de acción* (1912-1934). Aunque no lo podemos calificar precisamente de filohelena²⁵, y sin pretender aquí entrar en la delicada urdimbre de historia y ficción del personaje, parece cierto que estuvo en Misolongui poco antes de la muerte de Lord Byron a finales de abril de 1824. Después de la toma de Cádiz, huyó a Gibraltar, de allí a Tánger, y después a Alejandría, donde intentó entrar al servicio de Ibrahim, pero no fue admitido. Decepcionado, pensó en ir a probar suerte a Grecia, pero cuando se lo propusieron en firme:

«Vacilé, porque en Gibraltar me habían hablado muy mal de los griegos, pintándomelos como la gente más vil y de menos fe que podía haber en Oriente, y decidí, para no dar otro paso en falso, marchar a Grecia y ver por mí mismo qué clase de gente era la de aquel país y cómo estaban organizadas las tropas»²⁶.

En efecto, entre 1823 y 1824 ya habían comenzado a circular con profusión los testimonios de numerosos voluntarios retornados de Grecia, algunos de los cuales desmitificaban la situación allí²⁷. Las condiciones eran durísimas, las tropas de filohelenos sobrevivían sin apenas apoyo administrativo por falta

²⁵ Pío Baroja, *La ruta del aventurero (Memorias de un hombre de acción VI)*, Madrid 1977, p. 115: «Will Tick [...] me contestó una larga carta; me contaba que le habían nombrado secretario de una sociedad de filohelenos de Londres, y que él, a su vez, me había nombrado agente de esta sociedad en España. Añadía que para junio me girarían una cantidad a Sevilla con el objeto de que comprara armas y las llevara a Gibraltar, y me indicaba que si yo conocía algunas personas simpatizadoras del movimiento libertador de Grecia iniciara una subscripción y me quedase con los cuartos. Pensé que si no encontraba otro recurso acudiría a éste, preparándome de antemano alguna máxima jesuítica y una gruesa de reservas mentales».

²⁶ Pío Baroja, *Los contrastes de la vida (Memorias de un hombre de acción VII)*, Madrid 1977, p. 123. El papel de Aviraneta en Grecia no fue brillante. Según su relato, al presentar su carta de recomendación a Lord Byron, éste le invitó a instalarse en su propio barco y con él pasaba las horas muertas entreteniéndole con las anécdotas del cura Merino y del Empecinado, que fascinaban al lord inglés. Muerto Byron, Aviraneta marchó a Nápoles y poco después a Méjico. Baroja afirmó que la aventura griega de Aviraneta está basada en un manuscrito de éste que se perdió cuando su casa quedó destruida durante la Guerra Civil. No obstante, quizá sea otro recurso más para dar verosimilitud a la recreación literaria de su pariente.

²⁷ ST. CLAIR (2008): 114. Los voluntarios cuyos testimonios desfavorables al estado de las cosas en Grecia consiguieron trascender a la censura eran automáticamente desacreditados por las sociedades filohelenas. A finales de 1823 y 1824, la época que nos ocupa, el sentimiento filohelena en Suiza y Alemania se desinfla debido a los relatos de los retornados, aunque por cuestiones políticas volverá a resurgir un par de años después. Cf. ST. CLAIR (2008): 126.

de recursos y ni siquiera habían logrado confraternizar con la población local, a la que inspiraban una extraña mezcla de admiración y desconfianza. La guerra civil abierta entre los líderes griegos occidentalizados y los jefes locales, con Zódoros Colocotronis a la cabeza, no había hecho más que agravar esta incompreensión mutua. Muchos murieron de enfermedad y puro agotamiento, y tampoco fueron excepcionales los casos de voluntarios que se vieron obligados a pedir limosna para poder retornar a sus países de origen²⁸. Después de las recientes amarguras y decepciones que los españoles exiliados habían sufrido en su propio país, es posible que la mayoría de ellos se desanimara ante las noticias y relatos que llegaban de Grecia, si a esto se sumaba además la frialdad encomendada por Mavrocordatos a sus enviados diplomáticos para con los representantes de la ya difunta España liberal²⁹. Lo cierto es que muchos españoles marcharon rumbo a América, y otros se tomaron un respiro en Londres, donde, aunque en condiciones muy penosas y humildes, pudieron prepararse para el momento en el que las cosas cambiaran en su patria.

Independientemente de las razones que lo justifiquen, y quizá por lo exiguo de los datos, el filohelenismo español no ha sido objeto de trabajos específicos hasta fechas recientes. El documento fundacional de los estudios generales sobre los filohelenos es el manuscrito del oficial suizo Henri Fornèsi titulado *Le Monument des Philhellènes*³⁰, trabajo basado en el archivo personal del coronel francés Hilarión Thouret. En él recopila por orden alfabético los nombres de los voluntarios extranjeros con breves datos biográficos y los clasifica en tres grupos: los que murieron durante la guerra (286); los que estuvieron allí pero se marcharon (121); y los que se quedaron en Grecia hasta 1860 (16). Entre ellos se recogen los nombres de cinco españoles, de grafía confusa y difícilmente identificables excepto uno: José García de Villalta. Los trabajos generalistas de Babis Anninos³¹ y de Jristos Evangelatos³², alcalde de Misolongui, no arrojan luz sobre el tema. En 1955,

²⁸ Cf. ST. CLAIR (2008): 35-50, 125 y 161.

²⁹ Manteniendo las ya expresadas reservas sobre la autenticidad de su encuentro, resulta significativa la advertencia que Byron hizo a Aviraneta cuando le invitó a instalarse con él: «Me encargó que trajera inmediatamente [mi equipaje] y que no dijera a nadie que era español, y mucho menos emigrado constitucional, y que no saltara a tierra». Cf. Baroja, *Los contrastes...*, p. 156. Si este encuentro es pura ficción, ¿qué indujo a Baroja a inventar un detalle así?

³⁰ *Le Monument des Philhellènes ou Notices biographiques historiques suceinetes* (sic) *les philhellènes connus, morts pour l'indépendance ou au service de la Grèce, depuis 1821 jusqu'à ce jour*, par Henri Fornèsi, 1860. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Grecia, sign. 1697. A lo largo de 1884 la revista *Εβδομάς* fue publicándolo traducido al griego en entregas sucesivas.

³¹ M. ANNINOY, *Οι Φιλέλληνες τον 1821*, Αθήναι 1925.

³² Χρ. ΕΥΑΓΓΕΛΑΤΟΥ, *Οι Φιλέλληνες*, Αθήναι 1938.

el historiador Zanos Vaguenás redacta el primer monográfico sobre filohelenos españoles exhumando de los archivos griegos de la época documentos que aclaran sus nombres y su papel allí, y añade un soldado más a la lista. En 1956, la revista *Estudios Clásicos* publica un llamamiento realizado por el profesor alemán Max Kehrig-Korn solicitando información sobre los nombres ya conocidos y cualquier posible noticia sobre otros españoles que hubieran escapado a los registros oficiales, pues estaba realizando un estudio general sobre los voluntarios en Grecia que había comenzado junto al profesor Wilhem Barth, quien falleció durante la elaboración³³. Kehrig-Korn sumaba un nuevo filohelena y, aunque las indagaciones del profesor Antonio Tovar sobre los ya identificados no aportaron hallazgos, gracias a ese llamamiento se localizó otro más. El profesor Yanis Jasiotis añadió otro nombre en la labor de recapitulación que realizó en 1972, encontrado a través de documentación española³⁴.

Muchos años después, en 1990, el profesor Alexis E. Solá desempolvó las noticias que Felio A. Vilarrubias había dado ya en 1967 sobre unas cartas conservadas en el archivo personal del coronel barcelonés José Massanés y Mesres, eminente arquitecto además de militar, que testimonian el interés de ciertos agentes secretos griegos por asegurarse sus servicios en fecha tan temprana como 1819, cuando él estaba destinado en Tarragona. La propuesta era irresistible, pues a un contrato por dos años con una remuneración de 4.000 duros se unía la motivación de ayudar a un pueblo que luchaba por un futuro en libertad, tal y como se transmite en estas epístolas. Massanés solicitó licencia al general Castaños para poder aceptar esta oferta, pero como respuesta recibió un pasaporte militar para incorporarse a la guarnición de Barcelona. Frustrado su proyecto, Massanés ha quedado como «el filohelena que no llegó a ser»³⁵. En el año 2000 la profesora Vicky Jadsigueorguú-Jasioti localiza a otro más de estos filohelenos tempranos en documentación eslava³⁶.

Así, pues, la nómina de los voluntarios españoles con presencia probada en Grecia ha quedado fijada, siguiendo un orden alfabético, como sigue:

1) Miguel Fernández Rivero: mencionado en Fornèsi como «Riviero, Michel Ferdinand, de Córdoba, España, murió en la Acrópolis de Atenas por enfermedad el 3 de febrero de 1827. Oficial procedente de la Escuela de Segovia». Su nombre aparece en el Monumento a los Filohelenos que se en-

³³ *Estudios Clásicos* 19 (1956), p. 491; BARTH-KEHRIG-KORN (1960).

³⁴ Cf. JASIOTIS (2008).

³⁵ SOLÁ (1992); VILARRUBIAS (1967) y (1996): 14-15.

³⁶ JADSIGUEORGUÚ-JASIOTI (2000): 146.

cuentra en el interior de la Iglesia Católica de Nafplio como «Riveiro, Michel Ferdinande», y Vaguenás menciona que entró en la ya asediada Acrópolis el 23 de noviembre de 1826; al mando del general francés Charles Fabvier, añade Kehrig-Korn, quien no encontró datos de él en los archivos militares españoles. Jasiotis fija el nombre como Miguel Fernando Rivero. No obstante, consideramos que podemos identificarlo sin error con el Miguel Fernández Rivero cuyo expediente militar se custodia en el Archivo de Segovia. Allí consta que era natural de Cabra (Córdoba) y que ingresó como cadete en la Escuela de Artillería de Segovia en febrero de 1818, de manera que coinciden los dos únicos datos que en Grecia se conocían sobre él. La confirmación definitiva vendría dada por la nota suelta que cierra su expediente y que, sin dar más detalles, reza: «Artillería / Fernández Rivero, D. Miguel / capitán efectivo ejército = subteniente de Cádiz al 1er ejército Vº Fcho 6 de marzo de 1823». Encontrándose en la Isla de León en fecha tan crítica, es lógico que fuera uno más de los militares liberales que huyeron de España para eludir la represión de Fernando VII después de su restauración como rey absoluto³⁷.

2) José García de Villalta: recogido por Fornèsi como «Villalta chevalier Garcia de. Español. Gran periodista liberal. Regresó a Grecia como representante diplomático de España, murió en Atenas en 1846». Villalta es el filohelena español por antonomasia que ha eclipsado a todos los demás. También es cierto que es el personaje del que más datos se disponen debido a su eminente posición entre los emigrados en Londres, su estrecha amistad con José de Espronceda y su labor como periodista, literato, traductor y diplomático en Atenas, donde fue destinado en enero de 1844³⁸. Asumió el cargo en julio de ese año y, gracias a su excelente trabajo y a su don de gentes, se ganó la admiración de todo el cuerpo diplomático³⁹. El propio rey Otón, que siguió día a día su enfermedad, salió al balcón de palacio en la

³⁷ FORNÈSI (1884): 84; VAGUENÁS (1955): 13-14; BARTH-KEHRIG-KORN (1960): 210; JASIoTIS (2008): 123; AGMS leg. F-1061.

³⁸ Vd. TORRE (1959). Si bien en su obra no hay mención alguna relacionada con la ideología filohelena temprana, LÓPEZ VILLALBA (2007) lo estudia junto a Espronceda y Francisco Martínez de la Rosa, enemigo de ambos. Curiosamente, estos dos últimos sí escribieron composiciones inspiradas por el amor a la Grecia revolucionaria.

³⁹ En *El Imparcial* 03/11/1879, p. 3, José Zorrilla recuerda su impresión al conocerlo: «Villalta era un hombre de mucho mundo y de un profundo conocimiento del corazón humano, de una constitución vigorosa, con una cabeza perfectamente colocada sobre sus hombros; de una fisonomía atractiva y simpática, con una boca fresca, cuya sonrisa dejaba ver la dentadura más igual y más limpia del mundo. Su cabellera escasa era rubia y rizada [...] Era todo un hombre sobrio y diligente, pero gracioso y amabilísimo; como andaluz de la buena raza, su trato era fascinador, y en cinco minutos hizo de mí lo que le convino en nuestra primera entrevista». Esto sucedió en 1842, pues Zorrilla dice que Espronceda ya se encontraba enfermo de muerte.

Plaza de Sintagma para contemplar su comitiva fúnebre, ordenando que «su guardia, que no hace honores a nadie, se formase y los rindiese a la nación española»⁴⁰. No obstante, lo más curioso del caso de Villalta es que nada consta sobre su estancia en Grecia durante la Revolución ni en sus obras, ni en su hoja de servicios, ni en los despachos oficiales que escribió desde la Legación en Atenas, en los que se reconoce un sentimiento filoheleno incontestable pero no hay ninguna mención a su estancia allí durante la guerra. Tampoco se encuentran referencias a él en los archivos griegos de la época. Pocos detalles se saben de su exilio, salvo que estuvo en Londres y Francia. Fue Piscatory, el embajador de Francia en Grecia, antiguo filoheleno, quien en el discurso que improvisó en su funeral habló de «la première époque del *afranchissement* de la Grèce, où il servit comme Philhellène», primera noticia sobre el hecho confirmada también por Yannis Coletis, ministro griego de Asuntos Extranjeros⁴¹. Ochoa da por sentado que fue destinado a Grecia por conocer ya el país⁴², aunque nada consta en su designación. De hecho, la expresión «atendiendo a los conocimientos y demás recomendables circunstancias de Don José García Villalta, [...] vengo en nombrarle Encargado de Negocios en Atenas»⁴³ podría dar esperanzas de que su estancia en Grecia se valorara de manera extraoficial, pero la similitud de esa fórmula con la empleada en su nombramiento como jefe político de la provincia de Lugo, «en atención a sus méritos y circunstancias»⁴⁴, no despeja suficientemente la duda que se plantea sobre si es una mera expresión administrativa o un reconocimiento implícito.

3) Serafín de Lanzana: nombre fijado por Jasiotis. Fornèsi lo recoge como «Landranna, Séraphin». Natural de Bilbao, murió en la Acrópolis por enfermedad el 15 de febrero de 1827. La documentación aportada por Vaguenás indica que llegó a Grecia en septiembre de 1826 y que se incorporó al batallón de filohelenos a las órdenes de Fabvier, ofreciendo otras posibles grafías: Landzanna, Lantzana, Lanzana y Lezara. Figura como «Lanzano Séraphin»

⁴⁰ Despacho de Atenas del 10 de junio de 1846, *apud* OCHOA (1998): 105.

⁴¹ TORRE (1959): 24, 158. En su escrito de condolencias al Conde de las Navas, sucesor de Villalta en la Legación española, Coletis dice: «Ces sentiments son partagés de tous les grecs qui ont eu le bon heur de connaître Monsieur de Villalta et qui n'oublieront jamais la part qui tout jeune encore il a pris à la Guerre de l'indépendance Hellénique».

⁴² OCHOA (1998): 103.

⁴³ TORRE (1957), doc. 1: nombramiento de Encargado de Negocios en Atenas, Madrid 16 de enero de 1844, firmado por el entonces Ministro de Estado Luis González Bravo.

⁴⁴ TORRE (1957), doc. 66: nombramiento de Gobernador Civil de Lugo, El Pardo, 22 de noviembre de 1835, firmado por la reina regente María Cristina.

en el monumento de Nafplio⁴⁵. Dada la coincidencia de fechas y lugares, resulta lógico suponer que Lanzana y Rivero sirvieron juntos con Fabvier.

4) Víctor Láscaris / Lascorz: al llamamiento que hizo Kerigh-Korn para identificar a más filohelenos españoles, respondió Antonio Manuel de Guadán y Láscaris, de Santander, mencionando un antepasado suyo, Víctor Láscaris, nacido en 1801 en Plan (Huesca). Las informaciones estaban desdibujadas, pues respondían a recuerdos de la tradición familiar transmitidos por su madre y su abuela. En época tan temprana como 1819 ya marchó a Cefalonia con el barco ruso San Juan, cuyo comandante era un tal Anastasio Focás, siendo presumiblemente miembro de la *Filikí Etería*. Al parecer, tomó parte en la batalla de Lala en el Peloponeso, que tuvo lugar a finales de junio de 1821, aunque ningún recuerdo queda de él en los archivos griegos. Su vida debió transcurrir viajando por el Levante, entre Grecia e Italia, ya que se le localiza en 1869 en Roma regresando de El Fanar. Murió poco después de su vuelta a Plan, el 21 de mayo de 1872, legando a su familia una bandera griega de la época de la Revolución: es de unos dos metros de largo, con bandas azules sobre fondo blanco, una calavera y la inscripción «libertad o muerte», suponemos que en griego, de la que Guadán envió una fotografía a Kehrig-Korn que no hemos hallado publicada⁴⁶. Jasiotis menciona a un descendiente suyo, Eugenio Lascorz y Labastida (n. en 1886), que mantenía que el apellido Lascorz estaba entroncado con el imperial Láscaris, pretensión rebatida por los estudios heráldicos y razón por la que fija el nombre como Víctor Lascorz⁴⁷.

5) Atanasio Lescura Bentas: localizado por Jasiotis⁴⁸. Militar con grado de teniente coronel en Infantería, Lescura fue uno de los exaltados que no se dejaron engañar por un gobierno teóricamente liberal ni por la falsedad con que Fernando VII había jurado la Constitución de 1812, denunciando crudamente el poder que todavía ejercían en el gobierno y en el seno de la sociedad los grupos reaccionarios más adictos al absolutismo. Redactor de *La Tercerola*, que junto con el ya mencionado *Zurriago* se convirtió en la punta de lanza de la prensa satírica de pluma libre a la que todos los políticos temían, en marzo de 1822 se vio obligado a salir de Madrid huyendo de la justicia, quien le perseguía por algunos artículos escritos en ambas publica-

⁴⁵ JASIOTIS (2008): 122; FORNÈSI (1884): 59; VAGUENAS (1955): 13-14.

⁴⁶ BARTH-KEHRIG-KORN (1960): 161-162.

⁴⁷ JASIOTIS (2008): 122 menciona los estudios de José M^º de Palacio y de Palacio, quien ya había cuestionado en sus estudios heráldicos esta presunta relación.

⁴⁸ En GIL NOVALES (1975): 1054-1055; cf. JASIOTIS (2008): 121, quien lo cita como Anastasio.

ciones. Permaneció en Cartagena durante una semana, y allí «embarcó en un buque griego para la isla de Corinto (sic)⁴⁹». Había nacido precisamente en Cartagena el 2 de mayo de 1786⁵⁰, importante bastión liberal, por lo que es posible que acudiera allí para refugiarse con su familia y se le presentara la oportunidad de embarcar. Al parecer, ya no se tiene ninguna otra noticia sobre él en Grecia. Es el primer caso de filohelena liberal que huye de los propios liberales.

6) Juan M^a Llufrío: nombre fijado por Jasiotis. Fornèsi lo recoge como Lonfriori, capitán en Grecia, pero de graduación desconocida en España. Sin embargo, Vaguenás aporta abundante documentación sobre él: el 18 abril de 1825 se presenta ante el gobierno provisional griego en Nafplio solicitando incorporarse al servicio activo y alegando haber realizado notables servicios en el cuerpo de caballería del Ejército Español. Allí es asignado a infantería, siendo nombrado capitán el 7 de mayo y teniente de caballería el 16 de agosto de ese mismo año. No obstante, el 19 de enero de 1826 solicita le sea expedido el correspondiente certificado de su graduación militar a la par que se ratifica en su renuncia acompañándola de dos escritos: uno era su dimisión, de fecha 4 de enero de 1826, en la que expresaba su enorme decepción por haber acudido a Grecia para luchar por los ideales de justicia y libertad huyendo de la tiranía de España, y tener que tolerar allí el despotismo del coronel Fabvier, de quien decía que mandaba más que el propio gobierno provisional y que Europa entera se sorprendería de ver cómo trataba a los soldados; el otro escrito era la respuesta del propio Fabvier, quien había aceptado al instante esa dimisión alegando que ya llevaba demasiado tiempo soportando a un oficial que le había resultado un completo inútil. Su nombre presenta variantes: Llufrino, Llufrín, Lofrín; y es citado como «Λούφριο» en el catálogo de filohelenos que recoge en sus memorias el general Yanis Macriyanis. Él mismo firma «Jean M^a Lhufrior»⁵¹.

7) Jose de Oñate: aportado por Kehrig-Korn. Un joven filohelena alemán que embarcó en el *Madonna del Rosario* para realizar el viaje de Marsella a Navarino, donde arribó el 9 de febrero de 1822, menciona en sus memorias a un tal José de Oñate que viajaba con su esposa, una joven española que

⁴⁹ AHN Consejos leg. 8939 6^a, *apud* GIL NOVALES (1975): 1054-1055.

⁵⁰ AGMS Expediente matrimonial, leg. L-706.

⁵¹ JASIoTIS (2008): 123; FORNÈSI (1884): 172; VAGUENÁS (1955): 15-25; JADSIGUEORGUÍU-JASIoTIS (2000): 149 lo identifica con el Juan M^a Llufrío que aparece en la Sociedad Patriótica de Barcelona en junio de 1820, cf. GIL NOVALES (1975): 870. Estar a las órdenes de Fabvier no debía de ser gratificante. Tenemos noticia del piamontés Calosso quien, después de haberse enfrentado a él, abandonó Grecia con lo puesto también en 1826. Cf. ST. CLAIR (2008): 261.

iba armada y vestida de hombre. Al parecer, el nombre de la mujer no figura en la lista de pasajeros, y de Oñate no se sabe nada más. Jasiotis no lo recoge en su listado⁵².

8) Francisco Savoni: localizado por Jadsigueorguíu-Jasioti. Español afinado en Malta, fue compañero de Aléxandros Ipsilandis al inicio de la revolución en los principados del Danubio en febrero de 1821⁵³.

9) Juan Torribio (?) Ibáñez: apellido fijado por Kehrig-Korn, por sugerencia de Tovar. Fornèsi dice de él: «Ibany, Jean, español, voluntario, de carácter aventurero; sirvió en la caballería». Vaguenás encontró interesantes documentos que lo sitúan el 16 de octubre de 1825 en Nafplio «ofreciendo sus servicios a Grecia» y solicitando un adelanto sobre su futuro sueldo para poder cubrir los gastos del viaje hasta Atenas, donde desea incorporarse a la caballería. La propuesta parece razonable y el adelanto le es concedido, aunque permaneció allí poco tiempo, pues el 20 de enero de 1826 presenta su dimisión por cuestiones de salud y solicita certificado de sus servicios. Kehrig-Korn aventura que pudo llegar a Grecia en abril de 1825, pero no cita ningún documento que lo avale, y, por otro lado, los documentos aportados por Vaguenás parecen transmitir con claridad que su primera presentación ante las autoridades militares se produjo en octubre⁵⁴. También es citado por Macriyanis como «*Ἰμπάνιας*», y este hecho, junto con sus servicios en el cuerpo de caballería y la presentación de su renuncia al servicio un día después de que Llufrío hiciera efectiva la suya, nos inducen a pensar que probablemente estos dos personajes también se llegaron a conocer.

10) Veleiras: aportado por Vaguenás, quien exhumó entre los archivos los escasos documentos que lo citan como quiliarca español [ὁ *χιλίαρχος Βελέϊρας Ἴσπανός*]. Se sabe que llegó a Nafplio desde Francia el 8 de marzo de 1826 acompañando a un grupo de oficiales enviados por una sociedad filohelena, y que emprenderían viaje por tierra hasta Atenas, excepto dos o tres de ellos, que se quedarían sirviendo en el Segundo Batallón en Nafplio. Nada más se sabe sobre él. Por sugerencia de Tovar, Kehrig-Korn apunta que, por su nombre, podría ser de origen gallego⁵⁵.

⁵² BARTH-KEHRIG-KORN (1960): 196; JASIOTIS (2008): 121-123.

⁵³ En N. TODOROV, «Novi danni za dobrovolcite ot gräckoto västanie prez 1821 g. v. dunauskite knjažestna» [Nuevos datos sobre los voluntarios en la revolución de 1821 en los principados danubianos], *Balkania* 3 (Sofia 1973), pp. 7-18; JADSIGUEORGUÍU-JASIOTI (2000): 146; cf. también JASIOTIS (2008): 121.

⁵⁴ BARTH-KEHRIG-KORN (1960): 141; VAGUENÁS (1955): 26-29.

⁵⁵ VAGUENÁS (1955): 30-31; BARTH-KEHRIG-KORN (1960): 251.

5. OTRO FILOHELENO ESPAÑOL: EL CAPITÁN BARONA

Los estudios sobre el filohelenismo español distan mucho de estar cerrados y aún es posible ir descubriendo algunos nombres más. Tal es el caso del capitán José María Barona, quien no figura en los archivos griegos ni todavía ha sido estudiado⁵⁶. La noticia sobre su vida ha sido conservada por Gaspar Bono Serrano (1806-1879), quien se definía a sí mismo como «sacerdote y literato»⁵⁷. Escritor de cuarta fila, su obra, tan prolífica como hoy en día olvidada, consta por lo general de poemas y textos breves en prosa dispersos en sueltos, diarios y revistas, en los que «la Religión, la Patria, el Trono y la Libertad son el constante pensamiento del poeta»⁵⁸. Perteneció al círculo de la familia real, por la que sentía devoción, y llegó a ser capellán de la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II⁵⁹. Sus poesías de circunstancia aluden a sus amigos íntimos, a los que admira e imita: Alberto Lista, Manuel José Quintana, Juan Nicasio Gallego, Estanislao de Kosca, Patricio de la Escosura o José Mor de Fuentes, esto es, todos los liberales de la vieja guardia que en su momento conformaron la élite intelectual que con más fuerza se opuso al absolutismo fernandino.

Bono Serrano participó en la Primera Guerra Carlista como capellán del ejército isabelino en el 2º Batallón del Regimiento Inmemorial del Rey, destinado a primera línea de fuego en el frente del Norte. Allí trabó estrecha amistad con el capitán José María Barona en abril de 1835, y con él compartió las penurias de las campañas y las alegrías de las victorias, como el levantamiento del sitio de Bilbao en diciembre de 1836, donde la actuación de Barona mereció la felicitación personal del general Espartero, y el Abrazo de Vergara el 31 de agosto de 1839, que puso fin a la guerra en las provincias del Norte. Ya entonces aficionado a la poesía, el romance en el que describe la alegre fiesta que siguió al Abrazo está dedicado precisamente a Barona⁶⁰.

⁵⁶ La única referencia a Barona que hemos hallado una vez comenzada ya nuestra investigación es la sola mención de su nombre por Francisco Rodríguez Adrados en «España y Grecia en la historia», *Eclás*, 102 (1992), p. 9. Sin hacer alusión a su fuente, el profesor Adrados cita como ejemplo de filohelenos españoles tan sólo a Barona y a Lescura, obviando curiosamente al resto de personajes estudiados, mucho más conocidos y mejor documentados.

⁵⁷ Así reza la tarjeta de visita que dio en 1873 al músico Barbieri. BNE Mss/14023/76/166.

⁵⁸ Prospecto publicitario de G. Bono Serrano, *Poesías* (Madrid 1850). Bono compiló sus escritos en dos ocasiones más: *Poesías*, 2ª ed. corr. y aum. (Madrid 1863) y *Miscelánea religiosa, política y literaria en prosa y verso* (Madrid 1870).

⁵⁹ Como tal firma en la dedicatoria que para ella hace en su *Miscelánea*...

⁶⁰ Bono Serrano, *Poesías*, Madrid 1863, pp. 100-104: *Al Capitán Don José María Barona (Bilbao, septiembre 1839)*, donde lo describe disfrutando de los gozos de la paz: «Oh, tú, querido Barona, / que en celestial embeleso / de tu Narcisca contemplas / los deslumbrantes luceros...»

Pacificado el Norte, el regimiento se dirigió hacia el Maestrazgo, donde el ejército carlista aún presentaba resistencia en algunas plazas inexpugnables como la aldea de Ares, estratégica por ser la antesala de Morella, capital del carlismo. Allí murió el capitán Barona el 27 de abril de 1840 de un disparo en el corazón. El parte de guerra con fecha 29 subraya su pérdida:

«El cumpleaños de la Augusta Reina Gobernadora ha sido celebrado por estos bravos rompiendo a viva fuerza las puertas del fuerte enemigo de Ares para hacer tremolar en sus muros la bandera del 2º batallón del primer regimiento de Infantería del Ejército Nacional [...] El enemigo ha tenido alguna pérdida; y como tantos obstáculos no pueden vencerse sin sangre, por nuestra parte, aunque corta, la ha habido; teniendo que lamentar la suerte, entre la de otros individuos de tropa, del bizarro capitán de la arrojada compañía de cazadores del 2º Batallón del Rey, don José María Barona [...]»⁶¹.

Bono Serrano sólo pudo rezar un responso en el pequeño cementerio de Ares. El regimiento quiso erigir un túmulo a su apreciado capitán y Bono escribió unos versos para su epitafio⁶², pero la urgencia de la guerra obligó a la unidad a avanzar y Barona quedó atrás en una tumba sin nombre.

6. EL CAPITÁN BARONA: RECONSTRUCCIÓN Y REALIDAD

Bono Serrano nunca olvidó a su amigo, como lo demuestran los varios poemas que le dedicó⁶³. Su recuerdo estaba motivado por la profunda amistad que los unía, pero la muerte de un soldado idealista, valiente y honesto como Barona simbolizaba la inútil sangría que fue para España la lucha fratricida carlista, donde lo mejor de la Patria se despilfarró de manera absurda en lugar de haber sido empleado en construirla. Veinte años después, Bono redacta su biografía, donde nos ofrece, entre otros detalles, la noticia de que Barona acudió como voluntario a la Guerra de la Independencia griega.

⁶¹ Parte oficial de guerra tomado de *El Eco del Comercio* 03/05/1840, nº 2.194, p. 1.

⁶² Bono Serrano, *Miscelánea...*, *El capitán Barona*, p. 28: «Al guerrero sevillano / yerto en esta huesa fría / un español con su mano / que impulsó discordia impía / hirió de muerte inhumano. / ¡Cuándo mi patria querida / no verá ya estremecida / tanto sangriento laurel / con que la aflige cruel / nuestra lucha fratricida!»

⁶³ *Poesías*, 2ª ed. (Madrid 1863) recoge tres poemas: el ya citado romance que celebra la paz del Abrazo de Vergara; «En la muerte del Capitán Barona» (pp. 107-115), donde expresa su desconsuelo; y la extensa composición «El Canto de los Sepulcros, dedicado al Capitán Barona (imitación de Hugo Fóscolo)» (pp. 115-126), de donde extractamos: «Dichoso tú, que el toledano acero / blandiste en Misolongui cual soldado / dignísimo del Betis con asombro / del oprimido Griego, que tu sangre / vio verter generosa combatiendo / al fiero Trace en desigual pelea».

La biografía de José María Barona fue publicada en varias ocasiones, de las que hasta el momento hemos localizado cuatro:

- [1862]: revista *Escenas Contemporáneas*, 04/07/1862, pp. 33-36;
- en un folleto suelto de ese mismo año que reproduce el mismo texto;
- [1863]: en su recopilación de obra suelta *Poesías*, 2ª ed.;
- [1870]: en *Miscelánea religiosa, política y literaria en prosa y verso*.

Bono se recrea retocando el texto en las sucesivas ediciones, en las que la *amplificatio rhetorica* de determinados pasajes o imágenes contribuye a dar un cada vez mayor lustre a la figura de Barona. Debemos señalar que la versión [1863] es más sencilla que la [1862]⁶⁴, de lo que deducimos que debe haber otra edición aún sin localizar entre las publicaciones en las que Bono colaboraba⁶⁵.

La vida de Barona podría dividirse en cuatro etapas: nacimiento, entrada y servicio en el Ejército (1803-1823); exilio, parte del cual transcurre en Grecia (1823/4-1829); regreso a Barcelona, donde pasa a la clandestinidad (1829-1834), e incorporación al ejército isabelino hasta su muerte (1835-1840). No cabe duda de que para reconstruir la vida de su amigo de la manera más fiel posible, Bono buscó documentación y consultó el expediente militar de Barona, gracias al cual pudo redactar la infancia y primera juventud⁶⁶.

Así, Bono cuenta que José María Barona nació en Sevilla el 22 de febrero de 1803⁶⁷, hijo del teniente coronel Francisco Barona y de doña Antonia Clanot, que ingresó como cadete en la Academia Militar de San Fernando el 12 de febrero de 1819 y que el 9 de enero de 1820 ya era subteniente en el Regimiento de Infantería de la Corona. En 1823, sitiada la Isla de León por el Duque de Angulema, Barona realizó dos salidas a las órdenes de Riego.

La realidad de Barona tiene ciertos matices que conviene señalar. En primer lugar, Bono comete un error de lectura en los manuscritos del expediente, pues la madre de Barona llevaba por apellido Chanot y no Clanot⁶⁸,

⁶⁴ Hemos preferido recoger en el anexo el texto de [1862] porque es la versión que ya incluye todos los datos efectivos de la vida de Barona. [1870] sólo presenta ampliaciones retóricas que nada aportan a la narración, salvo el relato del entierro de Barona en Ares.

⁶⁵ La biografía de Barona aún no está en la primera edición de sus *Poesías*, Madrid 1850.

⁶⁶ AGMS legs. B-812 y B-813.

⁶⁷ No nos resistimos a consignar aquí el nombre completo de Barona que figura en su certificado de bautismo (AGMS leg. B-812): José María Pascasio Isidro Francisco Antonio Joaquín Miguel Tomás de la Santísima Trinidad Barona Chanot.

⁶⁸ El caso de la madre de Barona es un ejemplo perfecto de la *amplificatio rhetorica* a la que nos referíamos: en [1863] ni la menciona; en [1862] «perteneía a una ilustre familia de Italia»; y en [1870] «perteneía a una ilustre familia de Florencia. Vino como camarista de la Infanta

como él transmite. En segundo lugar, obvia que Barona entró en la Escuela Militar de Burgos a la edad de 6 años; y quizá por no resultar lo suficientemente marcial para el carácter que estaba intentando dibujar, omite también que, después de la muerte de su padre, un joven Barona de 19 años, a cargo de su madre viuda y un hermano diez años menor, solicita en marzo de 1822 la Administración de Ventas de Tarifa que tenía su padre para mantener el sueldo de éste, pues el propio no es suficiente. La solicitud es denegada por Fernando VII «debido a su corta edad y escasos servicios». Sus servicios eran escasos por su juventud, pero brillantes, aunque desde luego no del gusto del rey:

«Se unió al Batallón a la llegada de éste a la Isla de León; decidiéndose a favor de la libertad de la Patria hizo dos salidas a las órdenes del Gral. Riego, [...] manifestando mucha firmeza, inteligencia militar y decidido amor a la Patria»⁶⁹.

La hoja de servicios, que especifica «valor: conocido», lleva fecha de 21 de marzo de 1821, por lo que el bloqueo al que se refiere debió de darse por las tropas realistas cuando Riego bajó al sur después de su pronunciamiento en 1820, y en ningún caso por el duque de Angulema, que asedió Cádiz en septiembre de 1823. Escribiendo cuarenta años después de los acontecimientos que narra, Bono debió de considerar que no merecía la pena detenerse en estas menudencias, pues el enfrentamiento con Angulema otorgaba a Barona un aura de heroicidad romántica que en modo alguno traicionaba el espíritu del personaje. En cualquier caso, cuando Angulema llegó de veras a Cádiz, alguien tan significado como Barona, quien por fechas debió coincidir allí con Miguel Fernández Rivero, quedó cesante e impurificado, y consideró preferible huir.

Si nos hemos detenido tanto en analizar cómo redacta Bono la infancia y juventud de Barona, ha sido porque lo consideramos interesante para ver cómo construye la etapa de su estancia en Grecia, mucho más difícil todavía. Sin entrar en detalles, que pueden leerse directamente en el texto que adjuntamos como anexo, cuenta Bono que sabedor Barona de que Lord

Doña María Luisa de Parma, esposa después del rey de España Carlos IV». Quizá Bono añadiera esto para dar gusto a la infanta Luisa Fernanda, a quien dedica su *Miscelánea* [1870], pues al fin y al cabo, hablaba de su abuela. La realidad es que la italiana era la madre de Antonia Chanot, de nombre María Leonardi, quien casó con su padre en Arlés (Francia) el 22/11/1770. Antonia tuvo incluso que presentar certificado de limpieza de sangre para que la autoridad militar permitiera su unión con Francisco Barona (AGMS leg. B-812). La pretendida ascendencia aristocrática de Barona en [1870] queda, pues, desmentida.

⁶⁹ AGMS leg. B-813.

Byron había acudido al Peloponeso, decidió marchar también él a defender la libertad de Grecia armado de su acero toledano, y pidió una carta de presentación a un antiguo amigo de su padre que había conocido a Byron durante su viaje por el sur de España. Los detalles cronológicos que Bono ofrece sobre la llegada de Byron a Grecia y la marcha de Barona a Gibraltar y Londres son incongruentes, prueba de que está reconstruyendo la historia. Byron llegó a Misolongui, ni siquiera al Peloponeso, al principio de enero de 1824 después de haber permanecido cinco meses en Cefalonia, justo cuando Bono dice que Barona llegó desde Londres junto a unos jóvenes ingleses. Sencillamente, no hay tiempo. Como mucho, la noticia que Barona tendría es que Byron estaba en Cefalonia, pero a Bono no le preocupa hilar tan fino. Para colmo, el capitán fue recibido con la mayor cordialidad por el propio Mavrocordatos, y Byron en persona «debióle particulares muestras de distinción y cariño», cuando de todos es sabido que Byron rara vez recibía a nadie fuera de su círculo íntimo. La historia es tan fascinante como increíble.

Las acciones militares de Barona en Grecia despiertan también el mayor interés, y más aún cuando Bono nos ofrece hasta la fecha concreta de cada una de ellas: el 18 de julio de 1824 estuvo presente en la recuperación de Musonitza a las órdenes del general Safacas; el 26 de julio derrotó en Amplane a Dervich-bajá; el 25 de agosto participó en la victoria de Mavrila sobre Omer; y sin especificar fecha, ayudó a Demetrio Ipsilandis a rechazar a una columna egipcia en el breve pero estratégico combate de Mili o de los Molinos (Μύλοι). No podía perderse Barona el asedio y salida de Misolongui, acaecido la noche del 22 de abril de 1826, en el que, atravesando los dos formidables baluartes que había erigido Ibrahim, logró escapar de la masacre dirigiéndose al monasterio de San Simeón y refugiándose en el monte Aracinto, para estar luchando ya el 4 de julio al mando de Mavromijalis en los Tabores de la Maina. Más adelante analizaremos la presencia de Barona en el duro asedio de la Acrópolis de Atenas entre 1826 y 1827, en el que no podemos olvidar que murieron de enfermedad Fernández Rivero y Lanzana. Bono no menciona específicamente la participación de Barona en el combate de Navarino, en el que la intervención de las potencias puso fin a la guerra. El sevillano regresa a su patria, aunque en la versión [1863] vuelve directamente a Barcelona y en [1862] y [1870] pasa primero por Inglaterra.

¿Cómo es posible que Bono recordara tan al detalle el itinerario que Barona siguió en tantos acontecimientos que se dieron en la desordenada Grecia de entonces durante un periodo tan largo de tiempo y más de veinte años después de la muerte de su amigo? Ni lo recordaba, ni Barona pudo contárselo así. Bono utilizó como documentación para su reconstrucción bio-

gráfica la obra fundamental que dio a conocer aquellos sucesos en España: el *Compendio histórico del origen y progresos de la insurrección de los griegos contra los turcos desde el año de 1821 hasta la llegada a Egina del presidente actual de la Grecia, conde de Capo de Istria*, por Marcos Manuel Río y Coronel, 2 vols., Madrid 1828, quien para su redacción siguió, prácticamente al pie de la letra, los anuarios de la época⁷⁰. Si leemos con atención, podemos comprobar que Bono selecciona con extremo cuidado las batallas que terminaron con éxito para los griegos durante el tiempo que Barona pasó en Grecia, y hace que esté presente en todas. También recoge en su currículum alguna derrota, siempre y cuando ésta fuera gloriosa.

Río y Coronel comienza el relato año 1824 por la campaña en el mar y en las islas (II, 109-125), para pasar después a la campaña en el continente. Dado que el capitán pertenecía al cuerpo de Infantería, Bono atiende sólo a las operaciones en tierra. La primera que Río menciona es precisamente la del 18 de julio en Musonitza, y continúan todas las que ya hemos citado (II, 142-145). El relato de Río recoge alguna otra escaramuza irrelevante, para pasar enseguida a detallar la guerra civil entre los líderes políticos y los jefes militares griegos, por lo que Bono detiene ahí las hazañas de Barona en la Hélade en ese año.

Río comienza 1825 con el eco político que en el extranjero estaban teniendo los sucesos de Grecia, y la primera acción en tierra que describe es la estrepitosa derrota de los griegos en Navarino a manos de las tropas egipcias de Ibrahim-bajá. Dado que nada tuvo de gloriosa, Bono no la debió considerar digna de que Barona hubiera estado allí. Sí lo fue en cambio el combate de Mili, donde los griegos defendieron a muerte las provisiones de la capital Nafplio, pues allí se jugaban el éxito final de la guerra. Aunque Bono omite la fecha en esta ocasión, sucedió el 25 de junio.

La entrada en escena del egipcio Ibrahim supuso una debacle para los griegos, y ésa es la razón por la que el relato de Río para el resto del año 1825 y principios de 1826 no puede recoger ninguna victoria reseñable. Más bien al contrario, la pérdida de Misolongui en abril de 1826 resultó calamitosa, pero su defensa y la salida en masa de los sitiados fue lo suficientemente icónica, conmovedora y épica como para que Barona participara en ella y sobreviviera a la masacre. Ni que decir tiene que el siguiente encontronazo que Río transmite es la lucha de los supervivientes de Misolongui en la Maina, que Barona tampoco se perdió.

⁷⁰ Para 1824, el año que más nos ocupa, Río se limitó a traducir, añadiendo acotaciones y opiniones, el *Annuaire Historique Universel pour 1824*, par C.-L. Lesur, Paris 1825, pp. 401-434.

La presencia de Barona en la rendición de la Acrópolis tiene incluso mayor interés, pues no es mencionada por Bono en la versión más antigua de [1863], aunque sí aparece ya en [1862] y [1870]. Debido a que fue una grave derrota, da la impresión de que en un primer momento Bono no la consideró apropiada para Barona, pero quizá releendo los sufrimientos padecidos por los sitiados y los honores de guerra que los turcos les rindieron mientras abandonaban la ciudadela, lo pensó mejor y terminó incluyéndola. Río expone que «después de la pérdida de Atenas todas las operaciones militares de griegos y turcos habían sido de poca importancia»⁷¹, por lo que pasa directamente a tratar la victoria de las fuerzas aliadas de Inglaterra, Francia y Rusia sobre la armada de Ibrahim acaecida en Navarino el 20 de octubre de 1827, que terminó decidiendo la suerte de la guerra. Gracias a la intervención de las potencias extranjeras, se logró que la Sublime Puerta reconociera la independencia de Grecia y Yoanis Capodistrias tomó posesión de la presidencia del gobierno en enero de 1828. Por esta vez, Bono fue prudente y no ubicó allí a Barona de manera explícita.

En realidad, Barona pudo haber estado en todas esas acciones o bien pudo no haber estado en ninguna. De haber pertenecido al Batallón de Filohelenos comandado por Fabvier, con seguridad habría quedado constancia de su paso por Grecia, al igual que quedó de los otros cuatro españoles que estuvieron a su mando, pero cabe la posibilidad de que se integrara en cualquier otra unidad de las muchas que andaban desperdigadas por la geografía griega sin ningún control oficial. En las fuentes de la época hay innumerables menciones a filohelenos que estuvieron presentes en tal o cual batalla y que quedaron en el más absoluto anonimato⁷².

El hecho de que su aventura griega pueda ser deconstruida escarbando en las fuentes de que se sirvió su biógrafo no invalida que él pudiera haber estado efectivamente en Grecia durante la Revolución. Nuestra impresión es que Bono no añadió nada falso al esquema de la vida de Barona; sólo rellenó de la mejor manera que supo, con documentos, bibliografía y retórica ampulosa, los vacíos de información que tenía en su memoria sobre el recorrido vital de su amigo: juventud / exilio / Grecia / retorno / clandestinidad / reinserción / muerte.

⁷¹ RÍO Y CORONEL, *Compendio*, II 329.

⁷² Por escoger un ejemplo entre muchos, el general Macriyanis menciona en sus *Memoorias* (*Απομνημονεύματα*, I 8) que Demetrio Ipsilandis partió desde Nafplio para reforzar la defensa de los Molinos con un pequeño grupo de filohelenos de los que no detalla nada más. Por otra parte, también está atestiguada la presencia de filohelenos en el sitio de Misolongui ajenos al batallón de Fabvier, pues precisamente una de las cosas que se le recriminó fue no haber acudido en ayuda de la ciudad.

7. EL SILENCIO ESPAÑOL SOBRE LA AVENTURA GRIEGA

No nos detendremos en analizar los acontecimientos de la vida de Barona después de su regreso a España, pues no son de interés aquí, aunque creemos importante mencionar algunos detalles que pueden arrojar luz sobre la opaca estancia en Grecia del capitán sevillano. En primer lugar, Barona tuvo serios problemas en Barcelona con la autoridad militar, pues se conserva el texto de la resolución por la que se le declara impurificado de manera definitiva, esto es, indeseable al régimen, y se le retira su graduación con fecha 27 de septiembre de 1830⁷³. Así, el pintoresco pasaje en el que Bono cuenta que Barona huyó de Barcelona disfrazado de tuno para no morir en las mazmorras de la Ciudadela a manos del conde de España, siniestro personaje conocido por su rigor antiliberal y arbitraria crueldad, tiene todos los visos de ser cierto⁷⁴.

Con el ascenso al trono de Isabel II, Barona estaba deseoso de volver a la vida castrense. Varias veces había solicitado sin éxito a la reina gobernadora su clasificación en el Ejército, pero no le fue concedida. Después de la publicación del decreto de amnistía del 30 de diciembre de 1834, Barona no pierde tiempo, pues firma su instancia el 23 de enero de 1835 desde El Puerto de Santa María:

«Al suplicar a V.M. dicha revalidación faltaría el exponente a la sagrada obligación a que por deber y gratitud se halla obligado como caballero, como militar y sobre todo como español, si no manifestase a su soberana el vivo deseo que constantemente le ha animado de ofrecer su existencia por su legítima Reina y la justa libertad de la Patria»⁷⁵.

Para el reconocimiento de su antigüedad y la revalidación de su grado de subteniente de Infantería logrado en época constitucional, Barona aporta copia de toda la documentación justificativa de su historial, así como de la sentencia de impurificación que, muerto Fernando VII, podría ser considerada incluso como mérito especial. En ninguno de esos papeles menciona de forma expresa sus años de exilio ni muchísimo menos su estancia en Grecia. La única alusión que hace a su vida durante la Década Ominosa es:

⁷³ AGMS leg. B-813.

⁷⁴ Otro buen ejemplo de *amplificatio* expresiva que sufren las sucesivas versiones de la vida de Barona: en [1863] Bono dice que Barona huyó «disfrazándose de estudiante», mientras que en [1862] se recrea más: «disfrazándose de estudiante con los desaliñados y pobrísimos arreos de los que entonces solían en las vacaciones de estío vagar de pueblo en pueblo buscando recursos por medio de la guitarra o pandereta para continuar sus estudios».

⁷⁵ AGMS leg. B-813.

«[El solicitante] se desprendería muy gustoso [de su sueldo] si en medio de las desgracias a que le han reducido las vicisitudes políticas de su Patria conservase algún peculio o fondo para su más precisa manutención»⁷⁶.

Sin embargo, hemos hallado un testimonio relevante a este respecto. En agosto de 1842, Francisco Javier Barona, el hermano pequeño de José María, solicita su pase de los cuerpos francos o milicias al cuerpo regular del Ejército, y para ello expone:

«Que habiendo finado en la época constitucional de 1823 el teniente coronel de Infantería don Francisco, padre del exponente; las convulsiones políticas que en aquel periodo agitaron la Península privaron al que representa de disfrutar la pensión que el Monte Pío militar consignaba a los huérfanos militares; viéndose en la dura necesidad de mendigar en país extraño y en su menor edad el pan de la amargura.

Abierta nueva era en 1833, y animado de los principios que heredó de sus mayores, se alistó voluntariamente en 1835 [...] El que representa ha experimentado las vicisitudes amargas de perder un padre que sacrificó su vida a la Patria; [...] como también la muerte honrosa de [...] don José Barona, capitán del Regimiento Infantería del Rey Nº 1, hermano del que representa, ocurrida el 27 de abril de 1840 en la toma del fuerte de Ares; en cuyo día contó el Ejército Español un héroe más y un noble corazón dejó de latir»⁷⁷.

El hecho de que Francisco apelara a su hermano muerto en combate como mérito para lograr el fin que solicita es un indicio claro de que el capitán Barona había sido en efecto una persona muy valorada y apreciada; no obstante, hay otra noticia que nos interesa más: «la dura necesidad de mendigar en país extraño y en su menor edad el pan de la amargura». Esto nos confirma que Barona salió de España, pues es fácil deducir que, como cabeza de familia, llevara consigo a su madre y a su hermano para no abandonarlos a la miseria y a las represalias de los reaccionarios. Y lo más lógico también es pensar que se dirigiera a Londres con la inmensa mayoría de emigrados. Como ya hemos comentado, el gobierno británico ofrecía a los refugiados españoles un pequeño subsidio –tan escaso que quizá obligó a pedir limosna a una viuda con un niño–, pero también les garantizaba protección. Barona pudo marchar a Grecia en busca de oportunidades con la certeza al menos de que su familia estaba a salvo.

⁷⁶ Íbid.

⁷⁷ AGMS Leg. B-812.

En este punto conviene recordar a José García de Villalta, el más insigne filohelena español, pues su caso presenta tantas similitudes con el de Barona que pueden ser considerados en paralelo. Mencionando como curiosidad que ambos eran naturales de Sevilla, en primer lugar coinciden en fechas, pues ambos se marcharon a Londres inmediatamente después de la caída del gobierno constitucional, a finales de 1823 y principios de 1824, y están de vuelta en 1829. En segundo lugar, su participación en la Revolución Griega sólo salió a la luz después de su muerte: de Villalta, en el discurso fúnebre que le dedicó Piscatory; de Barona, en la biografía que escribió un íntimo amigo veinte años después. Ambos se acogieron al decreto de amnistía que la reina Cristina promulgó el 30 de diciembre de 1834, pero callaron los detalles de su exilio en sus solicitudes de reinserción. En la documentación oficial de Villalta, muy abundante debido a las responsabilidades políticas que asumió durante el reinado de Isabel II, sólo se menciona que «se ausentó del Reino por compromisos políticos»⁷⁸, sin citar siquiera su probada estancia en Londres.

Y al hilo de esto surge otra cuestión: el filohelena europeo que regresaba a su país de origen estaba considerado como un héroe de guerra y era admirado en sociedad. Los libros de testimonios de los voluntarios fueron tan abundantes, que llegaron a conformar casi un género literario en sí mismo⁷⁹. Las tiradas se agotaban. Pero ¿por qué en España no hay ni uno solo de esos textos?

Según nuestros datos, sólo dos de los filohelenos españoles registrados regresaron a España: Víctor Láscaris regresó en 1872, medio siglo después de su marcha, ya anciano; el otro es García de Villalta, quien tuvo que volver a exiliarse, esta vez en Francia, debido a su participación junto a Espronceda en la fallida conspiración de Chapalangarra⁸⁰. Esto ocurrió en 1830, el mismo año en el que Barona resultó impurificado y pasó a la clandestinidad en Valencia, según Bono. Desde luego, ni Barona ni Villalta se encontraron a su regreso en un escenario favorable para poder alardear de haber luchado en la causa griega. A esto se sumaba el hecho de que, después de su restauración en el absolutismo más reaccionario, Fernando VII buscó apoyos entre los Estados de su misma condición. Entre ellos se encontraba la Sublime Puerta, con quien en octubre de 1827, días antes de la batalla de Navarino,

⁷⁸ TORRE (1959): 142-143, hoja de servicios de García Villalta.

⁷⁹ ST. CLAIR (2008): 66, dice que de los 200 voluntarios registrados en 1822 no menos de 30 publicaron sus memorias, a los que deben sumarse los filohelenos que fueron llegando después.

⁸⁰ TORRE (1959): 26-29.

decisiva para la libertad de Grecia, cerró un tratado que permitía la libre navegación por los estrechos a los barcos de pabellón español⁸¹. La actividad intelectual de la época también se hizo eco de esta inclinación hacia el Imperio Otomano: la férrea censura dejó pasar obras como el ya citado *Compendio* de Río y Coronel, y *La Turquía, teatro de la guerra presente*, Madrid 1828, de Fermín Caballero⁸².

Desde el momento de la restauración de Fernando VII, habían comenzado a difundirse en España informaciones sobre los asuntos de Grecia como:

«Grecia. Calamata 7 de octubre. Los griegos se han reunido en Tripoliza [...], y la Asamblea terminó con darse algunas puñaladas después que cesaron de cachetearse bienamente: unos quince jefes han muerto en esta refriega; los soldados se resisten a marchar en busca del enemigo: venga dinero, que es antes que la patria [...]

Como hay muchos que deslumbrados con la lectura de tantos escritos, que distrayéndonos de todo el resto del mundo, han querido fijásemos exclusivamente nuestra consideración sobre la Grecia para que imitásemos sus antiguas juntas, sus gobiernos federativos que costaron tanta sangre, su carácter de división que se trasluce en las diferentes sectas de la filosofía, y acaso sus brutales costumbres y ridículos cultos; [...] *El Restaurador* cree que la rebelión de la Grecia en nada se diferencia de las de España, Nápoles y Portugal [...] Los agentes de una y otra son los mismos. El plan, igual, y los resultados ciertamente corresponderán a los principios.

El carácter particular de la Grecia (decía el sabio conde Lamaistre) y que la distingue a mi modo de entender de las demás naciones, es la ineptitud para toda asociación política y moral [...] Los pueblos de esta hermosa región han perdido hasta la idea de la unidad [...] Ningún observador es capaz de descubrir el fin de la servidumbre de los griegos, y si ésta llegase algún día, ¿quién sabe lo que sucedería?

Así hablaba el autor de las *Consideraciones sobre la Francia*, [qué] tiene un justo derecho a que su juicio sea preferido a tanto charlatán que sueña día y noche con la república griega⁸³.

Muy lejos estaban ya los arrebatos entusiastas de las publicaciones de la época liberal como *El Tribuno* o *El Zurriago* ensalzando a un pueblo en lucha por su libertad; ante la opinión pública los responsables de la revolu-

⁸¹ OCHOA (1998): 81-82.

⁸² BÁDENAS (2007): 117 y (2008): si bien Río simpatiza con las esperanzas de los griegos, no pierde ocasión de resaltar los peligros que encierra la expansión de las ideas liberales.

⁸³ *El Restaurador*, nº 105, viernes 24/10/1823, p. 941.

ción griega quedaban identificados con los instigadores de las revoluciones liberales occidentales que las fuerzas reaccionarias habían logrado por fin aplastar. La imagen del voluntario filoheleno que se proyectaba desde el poder restablecido era prácticamente la de un inductor al caos internacional, de ahí que las autoridades de rango inferior actuaran casi de oficio ante la menor sospecha, tal y como avala el testimonio de un anónimo viajero español. Encontrándose en América en el año 1827, se sintió vivamente interesado por recorrer el Mediterráneo y ser testigo de la nueva situación que se estaba generando allí. Comenzó el viaje sin problemas, pero a su llegada a Nápoles fue metido en un calabozo sin mayor explicación. Pidiéndole después el pasaporte, los palurdos y obtusos agentes aduaneros

«buscaron mi nombre en la lista que tienen de los proscriptos españoles, y por fortuna ninguno hallaron que se pareciera. Vieron por mis papeles que yo fui a Malta para pasar a Grecia, y al instante dijeron los doctores: “¿Qué más prueba de ser un revolucionario que la de querer irse con los revoltosos griegos?”»⁸⁴.

El cónsul de España no atendió a sus ruegos de ayuda, y la actuación por omisión del embajador, aunque con muy buenas palabras, alargó durante semanas su arbitraria prisión. Es más, dio parte de él a la policía española para que, si volvía por el país se le tuviera bajo vigilancia.

Como hemos ido viendo, la primera defensa de la lucha griega por la independencia en España vino de la mano de los sectores políticos más radicales: la Sociedad Landaburiana, los comuneros / carbonarios y los exaltados que se reunían en torno a gacetas como *El Zurriago* y *La Tercerola*, como el propio Atanasio Lescura, que aún en el Trienio Liberal tuvo que huir a Grecia como perseguido político.

La España de la reina niña Isabel II, que tan tímidamente se abría paso por la procelosa senda constitucional, no podía liberarse de un día para otro, literalmente, de los muchos prejuicios, rencores y miedos de su etapa anterior. La reconciliación de los españoles era imposible. El estallido de la Guerra Carlista exigió a todos un posicionamiento político firme a favor o en contra, pero las distintas tendencias del liberalismo siguieron enfrentándose con ferocidad. Los primeros gobiernos moderados de la regente Cristina recelaban de cualquiera que tuviera un pasado radical o exaltado. Villalta y Espronceda, por ejemplo, fueron detenidos en una redada policial cuidadosamente planeada la noche anterior a la apertura de las Cortes, el 25 de julio

⁸⁴ *Viaje de un español a Levante en 1827*, Nueva York 1833, p. 113.

de 1834, ceremonia a la que acudirían Cristina y la reina niña, como sospechosos de participar en una conspiración contra ellas en la que también se barajaron los nombres de Aviraneta y el general Palafox, el héroe de los Sitios de Zaragoza. Nunca se levantó causa, nunca se les comunicaron los motivos de su detención y, después de su puesta en libertad sin explicación alguna, fueron desterrados de la Corte⁸⁵.

Por otra parte, en esa fecha ni siquiera se habían normalizado aún las relaciones con la recién nacida Grecia del rey Otón I. A pesar de que las potencias habían invitado desde el Convenio de Londres, en mayo de 1832, a reconocer el nuevo Estado griego, Fernando VII declaró en marzo de 1833 que, hasta que Grecia no fuera reconocida por la Sublime Puerta, él se abstendría de hacerlo. Incluso después de la muerte del rey, la reina Cristina no envió su aceptación oficial hasta agosto de 1834.

En esta situación, resulta evidente que haber luchado en favor de la libertad de los griegos no debía de ser la mejor carta de presentación para un exiliado que pretendía reinsertarse en la vida cotidiana de España, pues con toda seguridad habría sido tachado de “exaltado”, revolucionario subversivo sin matices y considerado un indeseable social. Es probable que ésta sea otra de las razones por las que la presencia española registrada en la Guerra de la Independencia griega sea tan escasa: quizá no fueran muchos los que se animaron a acudir allí, pero los pocos que regresaron prefirieron no contarlo.

Tal pudo ser el caso de José María Barona mientras solicitó reiteradamente su readmisión en el Ejército a lo largo de 1833 y 1834. En aquellos momentos, mencionar su estancia en Grecia no habría sido considerado como un mérito a sumar en su historial; al contrario, le habría supuesto su exclusión definitiva y le habría condenado a perpetuidad a ser sospechoso de conspiración. No obstante, una vez reclasificado en el Ejército, vuelto a la cotidianeidad de la guerra, con la posibilidad y la capacidad de demostrar día a día sus ideas políticas y su valor para defenderlas, y en la confianza de que sus camaradas las compartían, quizá en una fría y oscura noche de campaña se relajara al amor de la hoguera y evocara las aventuras que vivió en su juventud cruzando su acero toledano con el alfanje turco en la tierra de la luz, al igual que, como Bono menciona, durante las duras marchas forzadas del regimiento recordaba los plácidos momentos vividos en su refugio del monasterio de la Trapa. Veinte años después, reconstruyendo la anécdota con mayor o menor habilidad, el amigo Bono logró que la esencia de la vida de

⁸⁵ TORRE (1959): 40-50.

José María Barona no cayera en el olvido. Cuántos otros no tuvieron esa suerte y sus recuerdos se perdieron con ellos.

La adscripción definitiva del capitán José María Barona a la nómina oficial de filohelenos españoles queda pendiente de un hallazgo documental que confirme o desmienta su participación en la guerra griega. Hasta entonces creemos prudente incluirlo, pues tanto el vacío cronológico que entre 1823 y 1830 existe en su documentación personal conservada, como la constancia de que no es necesario aparecer en los archivos griegos para haber estado allí, como fue también el caso de Villalta, son dos argumentos a favor, aunque sean *ex silentio*. Por otra parte, y si bien es una prueba indirecta, el hecho de que su hermano pequeño mendigara «el pan de la amargura» en un país extraño confirma que Barona se lo llevó de España. Las circunstancias del momento inducen a pensar que no pudo ser a otro lugar que Inglaterra, donde era muy fácil entrar en contacto con el Comité Griego e implicarse con el movimiento filoheleno. Para un militar de raza como Barona, acudir a Grecia era la oportunidad de seguir ejerciendo su vocación en defensa de sus ideas.

Además, su vida transcurrió tan atribulada y novelesca a lo largo de un horizonte tan amplio que permite interpretar su absurda muerte en la recóndita aldea de Ares del Maestrazgo como una suerte de justicia poética muy digna del bizarro capitán Barona: el héroe errante encuentra al fin su destino en la tierra con el nombre del dios a quien sirvió sin reservas en su lucha por la libertad. Ares lo estaba esperando para acogerlo en su seno por siempre.

Y es que siempre se ha dicho que los amados de los dioses mueren jóvenes.

Eva LATORRE BROTO

C/ General Ricardos, 230, 5º A
28025-Madrid
 evalatorrebrot@gmail.com

BIBLIOGRAFÍA

- BÁDENAS DE LA PEÑA, P. (2007), «The peculiar relations between Greece and Spain at the end of the Ottoman Rule», en: E. KONSTANTINOU (ED.), *Ausdrucksformen des Europäischen und Internationalen Philhellenismus vom 17.-19. Jahrhundert* [Philhellenische Studien, Band 13], pp. 115-120.
- (2008), «Το έργο του Marcos Manuel Río y Coronel: Μια ισπανική «ματιά» στον αγώνα της Ελληνικής Ανεξαρτησίας», en: E. KONSTANTINOU (ED.), *Das Bild Griechenlands im Spiegel der Völker (17. bis 20. Jahrhundert)*, [Philhellenische Studien, Band 14], pp. 103-110.
- BARTH, W.-KEHRIG-KORN, M. (1960), *Die Philhellenenzeit. Von der Mitte des 18. Jahrhunderts bis zum Ermordung Kapodistrias' am 9. Oktober 1831*, München.
- DAKIN, D. (1973), *The Greek Struggle for Independence, 1821-1833*, Berkeley-California.
- FORNÈSI, H. (1884), «Οι Φιλέλληνες», *Εβδομάς*, τ. 1-21.
- GIL NOVALES, A. (1975), *Las sociedades patrióticas (1820-1823)*, 2 vols., Madrid.
- JASIoTIS = HASSIoTIS, Y. (2008), «El filohelenismo español», *Tendiendo puentes en el Mediterráneo. Estudios sobre las relaciones hispano-griegas (ss. XV-XIX)*, Granada, pp. 117-128 (trad. española de I. ΧΑΣΙΩΤΗΣ, «Ο ισπανικός φιλελληνισμός πρό του 1821, κατά τη διάρκεια της Επανάστασεως και μετά την ανεξαρτησία» *Μακεδονική Ζωή* 70 [Θεσσαλονίκη, μάρτιο 1972], pp. 10-16).
- JADSIGUEORGUIÚ-JASIoTIS = HATSIGUEORGUIOU DE HASSIoTIS, V. (2000), «El filohelenismo español durante el siglo XIX», *España y la cultura hispánica en el sureste europeo*, Atenas, pp. 144-155.
- HOBBSAWM, E. (1982), *Las revoluciones burguesas*, Barcelona.
- ISABELLA, M. (2009), *Risorgimento in Exile*, Oxford.
- LLORENS, V. (1979), *Liberales y románticos*, Madrid.
- LÓPEZ VILLALBA, M. (2007), «Spanish intellectuals reflect on the Greek Revolution under the reign of Ferdinand VII», en: E. KONSTANTINOU (ED.), *Ausdrucksformen des Europäischen und Internationalen Philhellenismus vom 17.-19. Jahrhundert* [Philhellenische Studien, Band 13], pp. 121-137.
- OCHOA BRUN, M. A. (1998), *Episodios diplomáticos hispano-helénicos en el siglo XIX* (ed. bilingüe griego-español), Atenas.
- SOLÁ, A. E. (1992), «That Greece might still be free. Nota sobre un filhel·lè català que no va ser», *Homenatge a Josep Alsina. Actes del Xe Simposi de la*

- Secciò Catalana de la SEEC, Tarragona 28-30 de novembre de 1990*, vol. I, Tarragona, pp. 435-439.
- ST. CLAIR, W. (2008), *That Greece might still be free. The Philhellenes in the War of Independence*, 2ª ed. del original de 1972 corregida y aumentada, Cambridge.
- TORRE PINTUELES, E. (1957), *La vida y la obra de José García de Villalta*, tesis doctoral, con documentación inédita.
- (1959), *La vida y la obra de José García de Villalta*, Madrid.
- VAGUENÁS (1955) = Θ. Βαγενάς, «Ο Ίσπανικὸς Φιλελληνισμὸς κατὰ τὴν Ἑλληνικὴν Ἐπανάστασιν», *Φιλελληνικά* 1 (ἰαν.-μάρτ. 1955), σσ. 5-34.
- VILARRUBIAS, F. A. (1967), *Noticia de una colección de papeles de José Massanés Mestres y Josefa Massanés de González existentes en la Sección de Manuscritos*, Barcelona.
- (1996), *Las andanzas del coronel barcelonés Massanés al inicio del siglo XIX (La generaci6n precursora de la Renaixença)*, Barcelona.

ABREVIATURAS EMPLEADAS

- AGMS, Archivo General Militar de Segovia.
- AHN, Archivo Histórico Nacional.
- BNE, Biblioteca Nacional de España.

ANEXO

«El Capitán Barona»

(*Escenas contemporáneas*, 04/07/1862, pp. 33-36)

«Es Vd. uno de los oficiales más valientes del ejército del Norte, señor Barona». Tales palabras dirigió a este bizarro capitán el general Espartero al frente de su Estado Mayor la tarde del 27 de noviembre de 1836 en las inmediaciones de Castrejana; donde por servirnos de una expresión árabe, *ardía el horno del combate* en una de las más terribles y sangrientas acciones de guerra, para levantar el sitio de la capital de Vizcaya, que los defensores de Don Carlos se habían empeñado en dominar a todo trance. El puente se hallaba casi obstruido de cadáveres y moribundos, el fuego continuaba sin interrupción, y Barona, al frente de sus cazadores, a pecho descubierto, era el blanco de los hábiles tiradores contrarios. Su admirable sangre fría, el tranquilo continente con que se fumó un cigarro puro en medio de las víctimas que caían a su lado, las enérgicas expresiones con que alentaba de cuando en cuando a sus soldados, la tierna solicitud con que hacía retirar a los heridos, hasta la negra y prolongada barba, que daba a su animada fisonomía y aventajada estatura el aire noble y marcial de los antiguos guerreros, llamaron la atención de ambos ejércitos, que con el brío y la constancia de los hijos de España se disputaban la victoria. Apenas fue relevado, el general en jefe se apresuró a llamarle por medio de un ayudante. Llegando a su presencia con la modesta circunspección que caracteriza al verdadero mérito, le habló el caudillo en los términos que literalmente hemos citado, al mismo tiempo que estrechaba con su diestra la mano de Barona, entre efusiones de entusiasmo y señales manifiestas de cariño paternal.

Menos afortunado fue este oficial benemérito en el sitio y ocupación del antiguo castillo de Ares, pequeño pueblo del Maestrazgo. Allí pereció desgraciadamente la mañana del 27 de abril de 1840 a impulsos de su decisión y su heroísmo. Bien merece tan distinguido capitán, que digamos dos palabras de su interesante biografía. Don José María Barona nació en Sevilla el 22 de febrero de 1803 y fue bautizado en la parroquia de San Esteban. Su padre, don Francisco, mandaba entonces una compañía del regimiento de Burgos, y habiendo posteriormente obtenido el grado de coronel, fue algunos años gobernador de Tarifa. Su madre, doña Antonia Clanot, pertenecía a una ilustre familia de Italia. El 12 de febrero de 1819 tomó los cordones de cadete el joven Barona, ingresando en la Academia Militar de San Fernando; de la cual, previo un brillante examen, para cuyo feliz éxito le ayudaron mucho los especiales

conocimientos que había adquirido antes de entrar en aquel colegio, salió para el regimiento infantería de la Corona, en cuyo cuerpo se le dio a reconocer por subteniente el 9 de enero de 1820. Sitiada la isla de León por las tropas del duque de Angulema en 1823, hizo dos salidas de su compañía, distinguiéndose notablemente por su arrojo no sólo en aquella ocasión, sino todo el tiempo que estuvieron hostilizando los franceses a la guarnición española. Por esta razón, quedó poco después indefinido, y por fin en clase de excedente.

Por aquel tiempo peleaban heroicamente los Helenos contra la tiranía de sus opresores, los secuaces del islam. El ilustre Lord Byron acababa de llegar al Peloponeso, deseoso de combatir por tan santa causa, después de haber celebrado en versos tan sublimes como armoniosos, las hazañas de los dignos descendientes de Leónidas. Honrado el noble Vate con el título de ciudadano de Missolonghi, y secundado por la actividad y celo infatigable del coronel Stanhope, organizó un respetable cuerpo de extranjeros con su correspondiente artillería.

Barona, que debía por entonces abrigar bien escasas esperanzas de ser colocado de nuevo en las filas del ejército español, y rehusando por otra parte seguir otra carrera que la de las armas, determinó dirigirse a la Grecia a defender la independencia de aquel pueblo tan famoso en la Antigüedad por sus glorias literarias y militares, como digno de compasión y de lástima por la degradante esclavitud y lamentables desventuras que ha sufrido desde mediados del siglo XV, en que el sultán Mahomet II lo encadenó a la coyunda musulmana. Con este objeto procuró adquirirse una carta de recomendación, que le facilitó en Cádiz un amigo de su difunto padre para el inmortal cantor de los viajes de Childe-Harold, que después de visitar los vergeles del Guadalquivir y los floridos cármenes del Darro, había manifestado tantas simpatías y entusiasmo por los españoles al ensalzar dignamente los laureles de la Albuera.

Armado Barona con su espada de Toledo y aquel importante escrito, dirigióse a Gibraltar, de donde se embarcó para Londres. En esta capital se reunió a varios jóvenes ingleses, con los cuales llegó a principios del año 24 a la Grecia occidental, donde aquella pequeña legión fue recibida con la mayor cordialidad por el célebre Maurocordatos, comandante general a la sazón de aquel distrito. Habiéndose Barona presentado a Byron, debióle particulares muestras de distinción y cariño, agregándole al batallón de extranjeros, donde el mancebo español supo en más de una ocasión atraer hacia sí las miradas de sus compañeros de armas, al mismo tiempo que experimentaban los rigores de su acero los implacables enemigos del nombre cris-

tiano. Muchos y no poco gloriosos fueron los encuentros con el adversario en que se halló nuestro hidalgo compatriota.

Dio principio a sus servicios en la Hélade compartiendo el 18 de julio de 1824 el triunfo conseguido por los griegos, auxiliados por la hueste del general Saphacas, vencedores en Musonitza. Otro tanto sucedió el 26 del mismo mes no lejos de Amplane, cuando fue derrotado el ejército albanés de Derwich Bajá, tan superior en fuerzas al de los cristianos, acaudillados por el Suliota Tzavellas. El 25 de agosto tomó parte en la refriega de Mavrylla, donde el infiel Omer vio con despecho morder el polvo a sus mejores soldados. Igual gloria cupo a Barona en el famoso combate de Myli, en que fue batida una columna egipcia por Demetrio Ipsilantis, tan valeroso como entendido capitán. Pero el más envidiable lauro del hijo de Sevilla fue haberse encontrado en el memorable sitio de Missolonghi, y en la heroica defensa del fuerte de la Trinidad, antiguo monasterio de la próxima isla Clissova, por donde únicamente se comunicaban con el mar los bravos defensores de aquella plaza. Cercados al fin por mar y tierra, agobiados de dolencias, careciendo enteramente de víveres y hasta de agua, una columna de Suliotas salió de la ciudad en la noche del 22 de abril de 1826, y atravesando por medio de dos formidables baluartes, que había construido Ibrahim, y rompiendo la línea y atrincheramientos de los egipcios, llegaron no pocos al santuario de San Siméon, de donde se dirigieron al monte Aracinto. Entre estos valientes logró salvarse Barona; y el 4 de julio ya todos peleaban al lado de los hijos de Maina, descendientes de los antiguos espartanos, mandados por Mauromichalis, cuando rechazaron nueve veces a los mamelucos de Ibrahim en los parapetos llamados *Tabores*.

Finalmente en mayo y julio del 27 pertenecía a la guarnición de Atenas, que capitulando después de una obstinada defensa con Reschid-Bajá, salió de la plaza con los honores de la guerra en dirección a Salamina. Dado el combate de Navarino, tan desastroso para los infieles, y terminada la guerra de Grecia, no teniendo por otra parte Barona interés ni objeto en continuar en aquel país; deseando vivamente además volver al suelo natal, se embarcó en dicho puerto y después de permanecer algún tiempo en Inglaterra, arribó felizmente en 1829 a la capital de Barcelona.

Aquí le esperaban otros peligros más terribles y dolorosos para su hidalgo pecho que los que había experimentado en la Hélade peleando por la santa causa de la cruz y de la civilización. O por sus antecedentes políticos, o por haber tenido algún roce con los emigrados españoles en Londres, o por alguna indiscreción en sus palabras, bien disculpable en sus juveniles años, el Conde de España dio orden de ponerlo preso y cerrarlo en la Ciu-

dadela. Todos saben la suerte que esperaba comúnmente a los desgraciados que eran conducidos a tan horrible mansión. Afortunadamente Barona recibió aviso anticipado y disfrazándose de estudiante con los desaliñados y po-brísimos arreos de los que entonces solían en las vacaciones de estío vagar de pueblo en pueblo buscando recursos por medio de la guitarra o pande-reta para continuar sus estudios, pudo llegar sin obstáculo al monasterio de Santa Susana de la Trapa, situado en el Bajo Aragón. Acaso este respetable asilo de la virtud y del arrepentimiento era el único sitio inaccesible a las pes-quisas y poder sin límites del Capitán General de Cataluña. Siempre la Reli-gión ha sido un puerto de salud para los perseguidos y desgraciados. Curioso y edificante era oír algunos años después al bizarro militar en las noches y vigili-as de los campamentos, o en medio de penosas y eternas marchas por las fragosidades y riscos de la antigua Cantabria, recordar su retiro, sus ejer-cicios cristianos y pacíficas ocupaciones al lado de los piadosos hijos de San Bernardo, que reformados por el Abad Armando de Rancé, renuevan en nuestros días las austeridades de la Tebaida. Allí permaneció oculto algunos meses, hasta que calmada la tempestad, que tan cerca le había amenazado, se despidió no sin sentimiento de los venerables monjes, que le facilitaron los más ingeniosos y adecuados medios para refugiarse en Valencia.

En la ciudad del Cid vivió tranquilamente Barona dando lecciones de matemáticas, geografía y lengua francesa hasta el mes de abril de 1835, en que fue colocado en el segundo Batallón del Inmemorial del Rey, y que desde los principios de la guerra civil estaba operando en las provincias Bas-congadas y Navarra. Destinado a la compañía de cazadores, mostró su biza-rría y denuedo en las acciones de Murguía, de las Estacas de Trueba y de Los Arcos; y especialmente en Arroniz y monte Jurra, donde recibió el grado de capitán. Concurrió después al levantamiento del sitio de Bilbao asistiendo a los combates de Castrejana y Baracaldo, de Azúa, Arriaga, Puente de Lu-chana y alturas de Banderas. Por su comportamiento heroico en aquella oca-sión fue nombrado capitán efectivo en su propia compañía, y adquirió el honroso título de *Benemérito de la Patria*, y una cruz de distinción como todos los individuos del ejército del Norte que contribuyeron en la noche tre-menda del 24 de diciembre de 1836 a lanzar de las puertas de Bilbao a las huestes de Don Carlos.

Nombrado jefe de dos compañías de preferencia, para hostilizar a la di- visión del general Zariátegui en su expedición a Castilla se encontró en la ac- ción de Las Rozas el 11 de agosto del 37; el 28 del mismo en la de Nebrero; el 19 de septiembre en la de Aranzueque; el 28 en la de Aranda de Duero y el 15 de octubre en la Retuerta. Incorporado a su batallón y a las órdenes de

D. Manuel de Latre, que mandaba el ejército de la izquierda, asistió a las acciones de Medianas y Villasuso en el valle de Mena. Posteriormente coadyuvó a la tenaz persecución de las tropas del conde de Negri, exponiéndose con su arrojo ordinario a inminentes peligros en las refriegas de Baranda, Saellices y Bendejo, y sufriendo con admirable constancia las crueles privaciones y espantosos padecimientos de aquella expedición en que tantas víctimas de ambos ejércitos sucumbieron al rigor de la estación y al furor de los elementos en el puerto de Sanglorio, desfiladero el más imponente de la asperísima Liébana, y en la collada de Carmona, montaña inaccesible del valle de Cabuérniga.

Vencida la hueste de Negri, fue destinado el batallón de Barona a la provincia de Álava, asistiendo a los pocos meses, es decir en junio de 1838, al sitio y ocupación de Peñacerrada, en cuyo castillo avanzado llamado de Ulizarra entró por asalto el esforzado capitán al frente de sus cazadores, que siguieron denodadamente su ejemplo. Una cruz de distinción que se creó poco después con la denominación de aquel baluarte, fue el signo de honor dispensado a los que habían penetrado a viva fuerza en su terrible recinto. Durante el diciembre del propio año, se halló con el general Castañeda en el valle de Soba, donde los defensores de Isabel II se apoderaron del fuerte de Quintana, después de una vigorosa resistencia que opusieron los carlistas; así como también en las acciones de Limpías y Ampuero. Finalmente concurrió al sangriento cerco y disputada ocupación de Guardamino y Ramales, en el que el grado de comandante fue la digna recompensa de su ardimiento y fatigas.

Celebrado el convenio de Vergara, y partiendo para la campaña de Aragón, manifestó por marzo de 1840 sus bríos en Castellote, pueblo que al abrigo de un antiguo torreón de Templarios y otros atrincheramientos, defendieron tan heroicamente los soldados de Cabrera. Pasando empero al reino de Valencia a sitiar el fuerte de Ares el 27 de abril, por desear el duque de la Victoria solemnizar el natalicio de S.M. la Reina gobernadora con un hecho de armas brillante, el intrépido guerrero a quien había respetado la muerte en cien combates, el que se había tan briosamente batido al lado de los dignos hijos de Esparta y Atenas, que había medido su acero con los alfanjes de la indomable raza de Alejandría y de Memphis, y con las lanzas de los feroces esclavos de Mahamoud, aquél en suma que supo adquirirse tanta nombradía entre los valientes del ejército del Norte, encontró el fin de sus gloriosos días, sucumbiendo herido de una bala de fusil, disparada desde las aspilleras de un pueblo insignificante y olvidado, pueblo que acababan de fortificar los carlistas, para que sirviese de defensa por aquella parte a la plaza de Morella. Compañero inseparable el que esto escribe del ilustre Ba-

rona en el segundo batallón del Rey, testigo de su valor y serenidad a toda prueba, admirador de sus dotes morales (pues en él valía tanto el hombre como el militar), habiendo tenido el triste deber por su sagrado ministerio de dar en el humilde cementerio de Ares eclesiástica sepultura a su cadáver, no sin bañarlo con copiosas lágrimas de dolor; ha querido conceder un justo desahogo al corazón lastimado todavía, después de más de veinte años, que presencié la heroica muerte de su amigo. Sobre todo, cree cumplir con una obligación sagrada escribiendo estas desaliñadas páginas a la memoria de un guerrero que fue el honor de Sevilla, donde vio la primera luz; la admiración del ejército de doña Isabel II y el orgullo en fin de la nación española, que en la edad presente sabe producir héroes no menos esclarecidos que los que asombraron al mundo con sus hazañas en los siglos de su grandeza y sus glorias.

Gaspar Bono Serrano

